

VIAJES FANTÁSTICOS DE PIRULETE
**LOS MISTERIOS
DE LA SELVA**



Ramón Sopena Provenza 25 Barcelona

guardia por turnos; uno vigilará mientras los demás duermen.

—¡Yo primero!—dijo la valerosa Mary.

—¡No!—exclamó Chimbo—, ahora me toca a mí la vez.

—Tiene razón—añadió Pirulete—; las mujeres están exentas del servicio militar.

... ..
Dormían todos, menos Chimbo y *Kis*.

La primera hora transcurrió sin novedad alguna. Pasada ésta, el perro comenzó a inquietarse.

Chimbo obligó al animal a guardar silencio, y redobló su atención.

Unas ramas próximas crujieron y en la plazoleta hizo su presentación un terrible y feroz animal: el *jamamuro*, especie de oso africano, grande como un oso polar y con la piel de color gris y lanuda.

Chimbo se moría de miedo.

Kis se dijo: «Lo mejor será desmayarse», y ¡zas! se desmayó.

Los demás se despertaron.

Mary vio al jamamuro y, levantándose rápidamente, corrió al sitio donde estaban las armas y empuñó serena su rifle.

Chimbo blandía ya su terrible yatagán. Pirulete y el doctor cargaron sus rifles y esperaron la acometida de la fiera. En

ba como un azogado y ni ánimos tenía para defenderse. Al despertar, intentó levantarse torpemente, pero sólo a medias pudo conseguirlo; el terror acabó por paralizarle, y quedó materialmente en cuatro patas, dicho sea con perdón de Boliche.

El jamamuro contempló aquel cuadro con cierta expresión de feroz apetito, sacó la lengua tres veces, mostró sus colmillos, dió un rugido que aventó la llama de la hoguera, miró a unos y a otros, como pensando por cuál decidirse, y, al fin, ¡oh desdicha!, se dirigió al que menos estaba en disposición de defenderse, al desdichado Boliche.

Nuestro pobre amigo estaba, como decimos, completamente a gatas, y así permaneció, inmóvil y más muerto que vivo.

Mary dudaba si disparar o no. Chimbo permanecía también perplejo, y en tanto el jamamuro se encontraba ya junto a Boliche.

Pero cuando todos esperaban ver al infeliz devorado por la fiera, observaron que ésta examinaba tranquilamente el cuerpo de Boliche.

El pobre hombre, colocado en cuatro patas, vestido con su traje gris de pelo de cabra y con su abundante gordura, se asemeja mucho a otro jamamuro, es decir, a otro oso gris, y por tal debió tomarle el oso verdadero, puesto que Boliche, tembla-



y olerle con bastante minuciosidad, se alejó de él dando un rugido que seguramente quería decir: «¡Hasta la vista, compañero!»

Boliche había cerrado los ojos y no tenía la seguridad de si se encontraba en la tripa del jamamuro o sobre el verde césped.

Sonó un tiro. La mano experta de Pirulete había disparado y la bala dió al oso en una quijada. El terrible plantígrado abrió sus fauces ensangrentadas y, poniéndose de pie, se abalanzó a sus enemigos.

Mary, al ver que la fiera avanzaba, disparó también su rifle, sin dar en el blanco. El jamamuro sacudió la cola, como dicién-

do: «¡Ahora verás!», y alzando sus patas delanteras, avanzó hacia la pobre niña. Chimbo se puso delante y arrojó a la fiera su yatagán.

El cuchillo se clavó en el pecho del jamamuro, pero éste siguió avanzando indiferente.

Boliche había desaparecido, ocultándose tras la espesura.

Los tres niños y el doctor quedaron a merced de sus exiguas fuerzas. ¡Sus rifles, una vez agotada su carga, no pudieron disparar más porque los otros cartuchos se habían mojado! ¡Nuestros amigos iban a ser irremisiblemente devorados por el oso!

De repente, aquel animal fe-

roz se detuvo y su vista se clavó en un cuerpo negro, grande, extraño, que avanzaba hacia él.

Era otro oso de enorme tamaño, un tremendo oso más fuerte que el primero y que parecía provisto de mejores defensas. Era completamente negro, mejor dicho, de un color castaño muy oscuro, y aunque de la misma especie, tenía, aparte el color, ciertas particularidades que le diferenciaban de su congénere.

Las garras eran más potentes, el cuerpo más grueso y hercúleo, el hocico, que en el oso gris era fino y puntiagudo, en el oso negro aparecía como achatado y de aspecto más feroz, por las dimensiones de sus colmillos, que asomaban amenazadores.

Esta clase de osos, a pesar de su apariencia imponente, son muy cariñosos y sienten hacia los habitantes de aquellas comarcas una franca simpatía, porque los tratan muy bien. Esto se debe a que como los osos de esta especie son muy sociables, viven en torno de las aldeas y aun dentro de ellas mismas, siempre y cuando no los molesten.

En estas regiones de Africa sus habitantes no causan el menor daño a los osos que son, como hemos dicho, de natural muy pacífico. Los respetan grandemente y creen que estos animales comprenden su lengua. Su-

ponen además los salvajes, en su ignorancia, que los osos son seres justos que sólo castigan la mentira, y para conquistar su afecto, los regalan frutas, dulces y panales de miel, a los que son muy aficionados. Los osos entran y salen cuando quieren dentro de sus aduares, comiendo las viandas que los salvajes les ofrecen, sobre todo las golosinas. Gustan de jugar con los niños negros, y, como son muy domesticables, bailan graciosamente por divertirlos al compás de las flautas de bambú de los músicos de las aldeas. De aquí el nombre que reciben de osos juglares.

En muchas ocasiones se ve a estos animales pasear sobre sus robustos lomos los niños de la tribu y defender los aduares de los ataques de otras fieras. Al contrario de los osos grises, que son carniceros, los osos negros se alimentan de frutas, y son, por lo tanto, completamente inofensivos para las personas.

Por lo expuesto se comprenderá en seguida que el oso negro que nos ocupa se había puesto decididamente de parte de los niños y en contra del oso gris.

Las dos fieras se aprestaron a la lucha. Se miraron con odio y avanzaron. El combate fué espantoso: crujían sus carnes bajo las zarpas, abrazábanse para poder herirse mejor y mordíanse con una fereza extraordinaria.

Hacían un alto en la lucha para volver a atacarse con más ardor, hasta que, por fin, cuando ya estaban tintos en sangre, el oso negro consiguió dar un terrible mordisco en la garganta a su rival. Éste se tambaleó y lanzando un rugido ahogado, cayó en tierra para no levantarse más.

El oso negro, con la tranquilidad de un matón de oficio, limpió sus colmillos en el tronco de un arbusto enano. Y luego desapareció en la espesura.

Si los hombres comprendieran la gratitud de que son capaces muchos animales, no perseguirían ni harían daño más que

a los clasificados como perjudiciales y de malos instintos. Merced a la gratitud del oso negro, nuestros amigos se habían salvado.

Chimbo, Mary y Pirulete, soltando sus armas, se abrazaron locos de alegría; *Kis* volvió de su desmayo; Perejil corrió a recoger el oso muerto, y Boliche apareció blandiendo la pesada rama de un árbol y gritando furiosamente:

—¡ Dónde está ese oso, que me lo como vivo!

Sus amigos le sujetaron y entre todos se pusieron a descuartizar al hermoso plantígrado,



...abrazábanse para poder herirse mejor... (Pág. 9.)

asando en la hoguera los trozos más delicados, con lo cual Boliche logró su deseo de comerse el oso, aunque no vivo precisamente.

Para final, Chimbo confeccionó, en calidad de postre, una gran torta de chicharrones hecha con picadillo de los riñones del oso, envuelto en grasa de dicho animal y puesto todo en la lumbre, hasta que se convirtió en chicharrón.

La torta fué ingerida y muy elogiada.

Satisfecho el apetito, se tumbaron todos sobre la fresca y olorosa hierba.

—Ya estamos tranquilos—dijo Chimbo—, y creo que seguros por esta noche. Y estaría muy contento si no fuera por cierto olorillo desagradable que ha quedado en el ambiente.

—Es cierto... huele y no a ámbar— contestó el doctor, dirigiendo una mirada de sospecha a Boliche, cuyo cuerpo, a causa del miedo, había tenido un desahogo fatal y desagradable.

—Eso debe de ser de la torta de chicharrón—dijo Boliche, poniéndose muy colorado.

—¡Sí, sí!— murmuró el doctor—, ¡no tienes tú mala torta!...

II

Al día siguiente los rayos del sol, penetrando por la espesura

del bosque, despertaron a nuestros héroes, que habían confortado sus cuerpos con un sueño tranquilo y reparador. Era preciso, ante todo, seguir adelante, internándose en la selva llena de misterios, para alejarse lo más pronto posible de las tierras habitadas por los inhospitales marabís. Pero, ¿cómo? ¿hacia el Este? ¿hacia el Oeste? ¿hacia el Norte?... ¿Debían seguir el curso del río o atravesar los bosques hasta encontrar un seguro asilo?...

Cualquier camino a seguir era árido, espinoso y sembrado de peligros. Al Norte estaban los macizos montañosos de imposible acceso, a la derecha la tribu de los Matebeles y de los Bilolos, a la izquierda la de los Manakis, (estas dos últimas muy feroces), y todos los caminos estaban infestados de fieras y animales dañinos.

El viajecito, como verán nuestros lectores, no era un viaje de recreo; así que no extrañarán que estuvieran dudando mucho tiempo sin saber qué camino elegir.

Felizmente, se decidieron por tomar el camino de la derecha, el que conducía al mar, donde se repartían la pesca y los restos de los naufragios los Matebeles y los Bilolos, éstos capaces de comerse a sus deudos y familiares en cualquier crisis alimenticia, y aquéllos, en cambio, de carác-

ter tan pacífico, que en esta tribu los varones sólo se dedicaban a la pesca y al comercio, evitando por varios procedimientos las guerras con las otras tribus, y las mujeres entretenían sus ocios guisando, tejiendo telas con fibras vegetales y haciendo muy variados objetos de alfarería.

Una vez que se decidieron a internarse en la selva misteriosa, abierta a su derecha, en lugar de seguir el curso del Zambeze, comenzaron a hacer los preparativos convenientes. Primero, con unas fibras de palmera, fabricaron cuatro morrales de junco que llenaron con los restos del asado de jamamuro, algunas frutas y unas tortas de maíz silvestre preparadas por Chimbo. Luego cogieron de la orilla del río cuatro cañas de bambú que habían de servirles de bastones, y con la piel del oso gris se forraron las piernas para librarse de los arañazos de zarzas y espinos y de las punzadas de los insectos. Pero aun les quedaba el rabo por desollar; ¿cómo llevar agua para el camino si no tenían otro recipiente que el caldero que dejó Zamba abandonado en la barquilla, pequeño y poco a propósito para este fin?... ¿Cómo atravesar sin agua aquellos parajes donde había grandes zonas en las que no se encontraba ni gota del preciado líquido?... De no llevar agua de reserva, la sed les

iba a martirizar horriblemente.

Pensaron en la piel del jamamuro, pero como el zurrón que podían fabricar con ella hubiera dejado escapar su contenido por muchos sitios, desistieron de su empeño.

¿Qué hacer? ¿Cómo avanzar?

Así estaban todos, pensativos, los codos apoyados en las rodillas y los mentones respectivos sobre ambas manos, cuando el doctor, aquel pozo de sabiduría, conocedor profundo de la Botánica, exhaló un grito de entusiasmo semejante al ¡Eureka! lanzado por Arquímedes en el baño del rey de Siracusa.

Sus compañeros se levantaron sorprendidos.

—¿Qué es eso, doctor? ¿Nos ha dejado suspensos!—exclamó Boliche.

—¡Calabazas! ¡Calabazas!—gritó Perejil.

—Suspensos o calabazas, me da lo mismo—respondió Boliche—. Pero, ¿a qué esa alegría, mi amo?

—¡Pues, no lo ves, Boliche!—dijo el doctor dirigiéndose a unas plantas que hasta entonces habían estado ocultas por la maleza a los ojos de nuestros héroes.

—Aquí tenemos unas hermosas calabazas, dignas del más pollino de los estudiantes.

Y arrancando una capaz para media arroba de agua, con aire de triunfo, continuó diciendo a

su auditorio, que le oía embobado.

—Aquí tenemos los anhelados recipientes donde podemos llevar el agua para el camino. Nos lo proporcionan estos hermosos frutos pertenecientes a la familia de las cucurbitáceas.

—¿Pero las calabazas tienen familia?—preguntó Mary ingenuamente.

—Sí, hija mía — contestó el doctor—, pues a esta familia pertenecen, en efecto, los melones, las sandías, los pepinos, las calabazas, los calabacines y otros muchos, pues de las cucurbitáceas se conocen hasta seiscientas especies, repartidas en unos setenta géneros, los cuales forman varias tribus, cuyos caracteres y límites varían muy poco según los autores. Ahora no hay más que arrancar la poca carne que les queda, pues ya están casi secas, y tendremos en ellas siempre agua fresca y cristalina.

Y admirando una vez más al sabio Perejil, nuestros amigos se ocuparon con ardor en limpiar las calabazas. Una vez cumplida esta fácil tarea, las llenaron de agua, y se pusieron en marcha con sus equipos, dispuestos, cual nuevos Tartarines, a las más descabelladas aventuras.

Durante varios días caminaron apenas sin más descanso que el nocturno y el de las horas de comer y sin que les ocurriera nada importante, hasta que uno de

ellos, y cuando el sol se hallaba a la mitad de su carrera, decidieron acampar en un claro que el bosque les ofrecía, a la regalada sombra de unos cocoteros. Una vez allí, y como ya sentían apetito, Chimbo, mientras sus amigos se disponían a descansar sobre el mullido césped, salió en busca de algo que comer, provisto de su arco, de sus flechas y de su yatagán, que no había abandonado ni un momento. Poco después vino con el morral cargado, y, sin dar cuenta de lo que traía, comenzó a preparar la comida.

Media hora más tarde presentó a sus amigos el almuerzo, consistente en una especie de asado de extraño sabor. El cuerpo del animal que servía para aquel guisote era muy semejante por su tamaño y figura al de un niño pequeño.

Excepto Chimbo, que devoraba con fruición la parte que le había correspondido del extraño manjar, todos comieron con bastante repugnancia y obligados solamente por la necesidad.

Boliche, que no había perdido su excelente apetito, se tragó una respetable ración, aunque no le parecía tampoco muy agradable aquella carne grasienta, dura y creosa. Luego preguntó a Chimbo cómo se llamaba aquel plato y de qué se componía.

— Ah, es un plato exquisito

por el que se desviven mis paisanos! — respondió el interrogado—. Se llama *akamuri*.

—¿Y qué es eso?

—Pues, un mico o mono de corta edad, asado y relleno de cola de serpiente.

Ya puede suponerse el curioso



lector la cara que pusieron los convidados

Todos cambiaron de color, y del blanco pálido pasaron al rojo de la langosta cocida. Hasta el perro *Kis* lanzó un aullido trágico y perdió el conocimiento. Pero en Boliche los efectos fueron terribles. ¡Qué de náuseas y trasudores! ¡Qué manera de saltar, retorcerse y estirarse! ¡Hubiérase dicho que el mono y la

serpiente, en terrible consorcio, brincaban y se retorcían dentro del vientre del infortunado! Al fin de muchas sacudidas y contorsiones, cayó al suelo, rendido y pálido como un muerto.

Sus compañeros le dejaron sobre un montón de hojas secas; y Mary, sacando de su red la marmita de Zamba, preparó en el fuego una infusión de hierbas medicinales que el doctor había buscado al efecto.

Ya más tranquilos, dispusieron a dormir la siesta. En un momento, Chimbo tejió con lianas cuatro hamacas: una para él y otras para el doctor, Mary y Pirulete. En cuanto a Boliche, tuvo que dormir en el santo suelo sobre un montón de hojas de palma, porque no hubo medio de fabricar una hamaca que resistiera el peso de su cuerpo.

No habían pasado cinco minutos, cuando todos dormían tranquilamente al abrigo de los rayos solares. De pronto, un grito de espanto seguido de furiosos aullidos de *Kis*, despertó al pequeño Chimbo. Éste, restregándose los ojos, se irguió en su lecho. ¡Cuál no sería su dolor al ver que Mary había sido arrebatada de su hamaca durante el sueño por una tribu de monos, grandes y robustos como atletas?

Chimbo lo comprendió todo. Los monos se vengaban de la muerte de uno de sus familiares,



el infortunado mico, robando a la pequeña Mary. La represalia era terrible.

Entonces el negrito, lanzando un aullido salvaje, hizo levantar a sus camaradas, que cogieron sus carabinas. Afortunadamente las municiones estaban ya secas.

—¡Alto!— gritó el negrito—. ¡Vosotros podéis errar la puntería y matar a Mary!

Y luego, preparando su arco rápidamente, dirigió la punta de su flecha hacia una corpulenta mona que huía llevando a Mary entre sus brazos. Partió la flecha con la velocidad del rayo y la mona cayó mortalmente herida. Pero, antes de que Mary pudiera

huir, un gorila gigante, apoderándose de la niña con la agilidad propia de su especie, se puso en salvo en la espesa enramada. En seguida sus compañeros, que serían más de ciento, comenzaron a tirar cocos a sus perseguidores desde las alturas donde se habían refugiado. Aquel bombardeo era irresistible. En un momento millares de aquellos frutos, violentamente lanzados por los monos, cayeron en torno de los tres defensores de Mary. De no haber tenido la precaución de parapetarse detrás de unas rocas, allí hubieran terminado sus vidas. No obstante, Boliche había recibido ya ocho o diez cocotazos en la barriga, que

era un excelente blanco para los cuadrúmanos, y el doctor, Chimbo y Pirulete ostentaban gruesos chichones y tenían ya el cuerpo lleno de cardenales.

Momentos después quedó todo en silencio. Los monos habían huído llevándose a la pequeña Mary, y Pirulete y sus compañeros, que tanto la querían, lloraban sin consuelo la pérdida irreparable de su tierna y linda amiguita.

Así les sorprendió la noche, y tuvieron que resguardarse de los ataques de las fieras en las copas de los árboles.

Nadie dormía y todos tenían un solo pensamiento: ¿Dónde estaba Mary?...

III

Nuestros amigos estaban abrumados y llenos de melancolía, sin saber cómo afrontar aquella situación. La pérdida de Mary les causaba una pena tan honda, que apenas si tenían fuerza para continuar su viaje al día siguiente. Sobre todo Pirulete y el perro *Kis* se hallaban profundamente abatidos y no hacían más que llorar. El primero había perdido su mejor amiguita y el segundo un ama cariñosa que cuando podía le regalaba bombones de chocolate, bizcochos y pastelillos.

Por fin, adoptaron una resolución enérgica y se lanzaron bos-

que adentro, en busca de Mary, dispuestos a salvarla a toda costa.

En medio de mil peligros y contrariedades, caminaron unos diez kilómetros, guiados por *Kis*, que con su fino olfato seguía el rastro de Mary. Al final de ellos, rendidos por la caminata, hicieron un alto en la marcha y, sentándose al pie de una roca, de la que brotaba un manantial, llenaron en él sus calabazas. Estaban ya desesperanzados e iban a tender sus hamacas, cuando oyeron un sonido, no muy lejano, semejante al de la campana de una iglesia.

Miráronse sorprendidos, y el doctor dijo:

—¿Será posible que estemos, al fin, en tierra de cristianos? Esas campanas que suenan a lo lejos parecen las de una iglesia que llama a misa a sus fieles.

—¡Tal creo!—respondió Pirulete—. ¡Acaso el Señor se habrá apiadado de nosotros!

Y, como movidos por un resorte, se levantaron todos y reanudaron su marcha, dirigiéndose hacia el lugar de donde provenía el alegre tañido de la campana.

Como media hora después, dieron vista a un montículo, sobre el que se alzaba una casita hecha toscamente con gruesos troncos de árboles y coronada por una pequeña torrecilla. Sobre la torre estaba la cruz.

—¡Loado sea Dios!—dijo el

dos estos conocimientos, el prior, viendo mi fervor, me ordenó que me internara en estas selvas con la penosa misión de convertir infieles. Hace tres años salí de aquella santa casa, en unión de tres jóvenes compañeros blancos. Pasamos infinitas penalidades, estuvimos a punto de ser asesinados por las tribus salvajes, pero como a éstas les éramos útiles curándoles sus enfermedades y enseñándoles muchas cosas que desconocían, acabaron por respetarnos y vivimos tranquilos durante algún tiempo. Sin embargo, mis compañeros, más débiles que yo, no pudieron resistir el clima y las enfermedades del país, y murieron todos. Yo vivo aquí, auxiliado por un pequeño criado de mi raza, llamado Isaac, y tengo una feligresía de cincuenta familias que viven en torno de esta iglesia, cultivando la tierra, en paz y gracia de Dios. Esta es mi historia, que acaso no os importe, pero si continuáis vuestro viaje al través de estas selvas y llegáis por fortuna a las colonias portuguesas, decid a las autoridades que el padre Tomás se halla aquí solo y espera que le manden nuevos compañeros de religión para poder continuar su obra.

Los cuatro aventureros escuchaban las palabras del sacerdote llenos de emoción, y ¡ah, he, al fin, dando saltos de alegría, dijo al buen pastor :

—Es decir, que ya han terminado nuestras calamidades y que en breve nos veremos entre gente civilizada.

—No cante victoria tan pronto, hermano, que antes de llegar a las colonias hay que atravesar muchos kilómetros de estas selvas, llenas de animales feroces y de salvajes antropófagos. Al final de ellas encontraréis un desierto de bastante extensión, y si no lleváis el agua y los víveres necesarios, pereceréis en él irremisiblemente.

—¡ Pues sí que nos aguarda un buen programita de festejos! — dijo Boliche.

—¡ No desconfíe tampoco, hermano! — dijo el padre Tomás—. ¡ Es muy grande la bondad de Dios, y cosas más difíciles he visto realizadas!

Entonces Pirulete, que estaba deseando salvar a su amiguita de manos de los gorilas, contó al sacerdote cuanto les había ocurrido.

—¡ Ah, sí... los gorilas!... Eños monos terribles que parecen hombres, sólo que son más fuertes y feroces — dijo aquel valiente, acostumbrado a los peligros de la selva—. Ayer mismo, al obscurecer, se instaló en los bosques inmediatos a mi iglesia una tribu de esos terribles animales. Ahora mismo saldremos en busca de ellos y creo que, Dios mediante, dentro de unas horas podréis abrazar a vuestra amigui-

ta, si esas fieras no la han matado por el camino.

—Sí — dijo Pirulete, lleno de entusiasmo —, y si es posible, en unión de cuantos quieran venir con nosotros, organizaremos una batida descomunal y acabaremos con todos.

El padre Tomás se sonrió al escuchar las palabras del niño, y exclamó :

—¡ Desgraciado!... ¡ Bien se ve que no conoces el poder y la fuerza de esos animales, que luchan ventajosamente con los tigres y los leones!

—¡ Entonces, cómo vamos a recobrar a la pobre Mary?— preguntó, desconsolado, Pirulete.

—Valiéndonos de engaños, única manera de luchar con tan terribles enemigos— respondió el misionero con gesto risueño.

—¡ Iremos muchos en la expedición?— dijo el doctor.

—Los menos posible. Los cinco que estamos aquí y mi criado Isaac, que me acompaña a todos lados.

Y el hombre de color, llamando a su criado, comenzó a hacer los preparativos.

El criadito, que era un muchacho del país, poco mayor que Chimbo y muy simpático, obedeciendo las órdenes de su amo, trajo unos momentos después una enorme garrafa y varias calabacitas llenas de top, bebida de gran fuerza alcohólica fabri-

cada por los indígenas de aquellas regiones.

Nuestros héroes comenzaron a comprender el plan del misionero, que no era otro que el de emborrachar toda la tribu de los gorilas. Pero, ¿ cómo?...

Isaac cargó todo aquello sobre los lomos de un onagro, especie de asno salvaje, y se pusieron todos en marcha. El padre Tomás y su criado cogieron antes sus rifles y bastantes municiones.

—Estas armas y otras muchas que tengo me las dejaron hace bastante tiempo unos exploradores que no he vuelto a ver. Sin duda se han perdido o han muerto en estas selvas— dijo el sacerdote—. Gracias a ellas, he podido proveerme siempre de caza abundante y fresca y luchar con las fieras más temibles.

—Y con los salvajes, ¿ verdad?... — dijo maliciosamente Boliche.

—No ; para éstos mi única salvación está aquí— respondió el padre Tomás, enseñando a Boliche un crucifijo que pendía de su cinturón de cuero de antílope.

—¡ Y si se lo comen a usted como quisieron comerme a mí!— exclamó Boliche.

—¡ Que Dios los perdone, porque no saben lo que hacen!— dijo el sacerdote con aire resignado.

—¡ ¡ Caracoles!!... ¡ Sí ; y que

buen provecho les haga! ¡Verdad? — gritó indignado el cocinero—. ¡Lo que es yo, me iba a andar con tantos miramientos!

Hablando así, llegaron los seis caminantes al bosque donde el padre Tomás suponía que se habían instalado los gorilas.

El sol brillaba ya en todo su esplendor, y desde las copas de los cocoteros, de los baobabs gigantes, de todos los árboles, en fin, cubiertos de lianas y de otras plantas parásitas, que apenas si dejaban paso a los rayos del astro del día, llegaba a los oídos de los cazadores la algarabía infernal de los cuadrúmanos.

El padre Tomás no se había equivocado. Allí a unos metros de distancia estaban los feroces monos y su pobre prisionera, la pequeña Mary...

IV

El bosque formaba en su centro una hermosa glorieta alfombrada con verde y mullido césped. En medio de esta glorieta se colocó el misionero con los forasteros, indicándoles que tomaran asiento en el suelo y que imitaran lo mejor posible sus movimientos.

—Los gorilas, desde lo alto de los árboles, nos observan, y si hacemos bien la pantomima, en cuanto nos marchemos, la repe-

tirán a la perfección—dijo el padre Tomás—. Esto será su perdición, porque nosotros vamos a simular que nos emborrachamos y ellos se embriagarán de verdad.

Todos oyeron asombrados las palabras del padre Tomás, que había demostrado una gran habilidad.

—¡Eso está más claro que la luz del sol!—exclamó Boliche, entusiasmado—. Si los monos se beben lo que hay en las botellas y en la bombona, dentro de media hora no habrá mono que no haya cogido su mona correspondiente y estarán dormidos como lirones. Ese será el momento en que podremos dedicarnos a buscar a la pobre Mary, que no debe estar muy lejos de aquí, sin miedo a que los gorilas nos ataquen.

—Pues entonces, ¡manos a la obra!—dijo el doctor.

Y todos comenzaron a comer frutas y tortas de casabe que el misionero repartió entre nuestros amigos. Cuando hubieron terminado su almuerzo, todos simulaban que bebían en las calabacitas y que cuando agotaban su contenido las volvían a llenar con la garrafa. Por último, se levantaron, y, dejando intactas una y otras y el suelo lleno de frutas y tortas de casabe, se retiraron al interior de una gruta cercana, desde la que podían presenciar la escena que se iba a desarrollar; y allí aguardaron

impacientes el resultado de esta ingeniosa pantomima.

Unos minutos después, un griterío ensordecedor llenó la selva. Eran cincuenta, cien, doscientos monos que acudían alegres al olor del rico top fermentado y dispuestos a darse un festín con el cebo que nuestros amigos les habían dejado. Cuando los gorilas se convencieron de que nadie los espiaba, invadieron la glorieta.

Lo que ocurrió desde aquel momento entre los cuadrumanos fué graciosísimo.

Los monos, una vez en aquel lugar, no regañaron por la propiedad del codiciado licor, como hubieran hecho seguramente los hombres. Al contrario, llenos de seriedad y como penetrados de que el orden debe de presidir todos los actos de la vida, sentáronse formando un enorme círculo en torno de la bombona, y se relamían de gusto pensando en que pronto saborearían aquel licor.

Un mono más viejo y fornido y a quien los demás parecían prestar acatamiento, comenzó a repartir las vituallas entre los que podemos llamar comensales, y después las calabacitas llenas del delicioso top, que corrieron de mano en mano y fueron bebidas por todos en partes iguales. Cuando alguno de los bebedores se entretenía más de lo conveniente en el trasiego del líquido,

el jefe le hacía abandonar la calabaza, pegándole con una rama que usaba a modo de bastón.

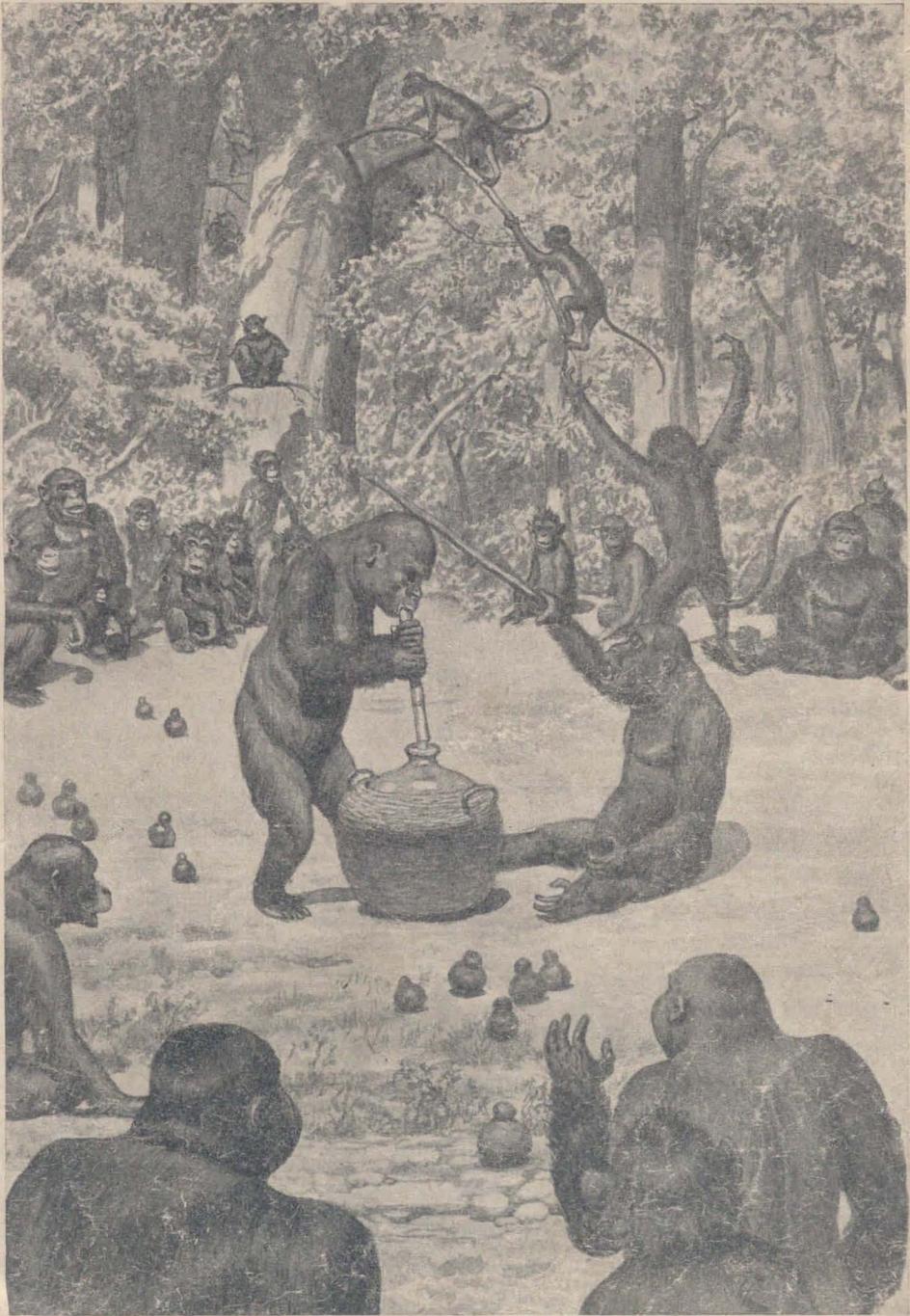
En pocos momentos quedaron las calabacitas vacías. Algo más difícil parecía que pudieran repartir el contenido de la bombona. Pero el mono presidente de aquella graciosa república, arbitró pronto los medios para resolver el problema. Esto fué por el procedimiento sencillo de aplicar a la boca de la garrafa una caña de bambú de la que le era permitido a cada individuo dar una chupada prudencial. El jefe medía a discreción el tiempo, y cuando uno terminaba, otro cogía el bambú, hasta que también quedó agotada la bombona.

Al terminar el festín preparado por nuestros héroes, todos los monos estaban completamente ebrios.

Al silencio y gravedad que presidió el acto de embriagarse, siguió la alegría y el escándalo de la descomunal borrachera. Una algarabía diabólica llenó la selva. En un segundo toda la tribu estaba en lo alto de las ramas.

Boliche que, como sus compañeros, observaba a los monos, temió que se marcharan a otro sitio a esparcir su regocijo, pero no fué así.

Los monos, consumados gimnastas, llevaron a cabo toda suerte de ejercicios en medio de grandes aullidos de alegría. Aquel espectáculo era al mismo



Esto fué por el procedimiento sencillo de aplicar a la boca de la garrafa una caña de bambú... (Pág. 23.)



...y, apretándole el cuello, iba a darle una terrible dentellada. (Pág. 24.)

disparando, éste cayó al suelo sin vida en el preciso momento en que Boliche se desplomaba en tierra casi asfixiado por la presión de las manos de su enemigo.

Afortunadamente, Boliche estaba sano y salvo y recobró en seguida el conocimiento; pero esto no le impedía temblar como un azogado. Al fin, pudo dominar los nervios y, en unión de sus amigos y del pequeño Isaac, que les servía de práctico en la selva, volvió a la gruta donde el doctor y el padre Tomás esperaban ya impacientes.

Entonces, recogiendo la garrafa y las calabazas que los monos

habían dejado vacías, se alejaron de aquel sitio antes de que los gorilas despertaran de su embriaguez.

V

Una vez ya de retorno a la aldea salvaje, y mientras los exploradores admiraban las bellezas del paisaje, que era en verdad sorprendente, el misionero, que iba jinete en el onagro, llevando a la grupa a la pequeña Mary, dijo a sus camaradas:

—Los gorilas tienen sueño para rato, pero es conveniente que nos vayamos cuanto antes de

aquí, porque estos animales son muy feroces y además muy inteligentes y sabrán encontrarnos en lo más escondido de la selva.

—¿Conocerá usted mucho las costumbres de los monos?—preguntó el doctor.

—Bastante. He vivido durante muchos años en medio de estas selvas misteriosas para no conocer a fondo los hábitos e instintos de los animales que la pueblan.

—¡Cuéntenos usted algo respecto a estos animales, tan interesantes por su parecido con el hombre!—suplicó Pirulete al misionero, que, como todo niño inteligente, era un poco curioso.

—Con mucho gusto—dijo el padre Tomás.

Y mientras caminaban por los senderos de la selva, fué hablando de este modo:

—La inteligencia de los monos, y sobre todo la de los orangutanes y la de los gorilas, ha llamado poderosamente la atención de cuantos han recorrido las selvas de África y de América. La forma de su cuerpo, tan parecida a la del hombre, y sobre todo la de sus manos, casi iguales a las nuestras, unido todo a su agilidad extraordinaria, les da tan grandes ventajas sobre los demás animales, que parecen tener una inteligencia superior a la que en realidad poseen.

Al mono le gusta aprender, y aprende al instinto de

imitación que es el que tiene más desarrollado. Así veréis que basta hacerle repetir varias veces los mismos actos para que luego los hagan ellos solos con verdadera maestría. De esta manera los enseñan muchos hombres a que hagan los más graciosos ejercicios con sólo tener un poco de paciencia, que es una de las virtudes que más enaltecen al hombre. El estudio de las ciencias más profundas, los trabajos más difíciles, en fin; la mayor parte de las cosas que ocupan nuestra vida son, más que del talento, obra de la paciencia, que es como si dijéramos de la constancia, de la voluntad.

—¡Tiene usted mucha razón!—exclamó entusiasmado Pirulete—. Yo he visto en los circos monos que habían aprendido a comer en la mesa mejor y con más educación que muchos niños que piden de todo antes de que los sirvan, se limpian con el mantel en vez de hacerlo con la servilleta, hablan como loros en vez de estar callados durante la comida, usan mal el cuchillo y el tenedor y no están un minuto quietos en sus asientos. Mucha paciencia deben tener esos hombres para enseñar a unos animales a comportarse mejor que algunos muchachos.

—Sí, hijo mío—respondió el padre Tomás, sonriendo al escuchar las palabras de Pirulete—. Claro está que no puede negarse

que los monos tienen cierta inteligencia, alguna reflexión, mucha memoria y saben utilizar las lecciones que les da la Naturaleza. Además, aunque sólo representan el lado defectuoso del hombre, tienen muchas virtu-



des : son valientes, sienten el espíritu de sacrificio por sus semejantes débiles, a los que defienden aun a costa de su vida, cosa que, por desgracia, se ve contadas veces entre los seres humanos : son capaces de sentir afecto y muéstranse agradecidos a las personas que les hacen algún bien.

—Entonces, si son tan listos— preguntó Pirulete al misione-

ro—, ¿cómo no han descubierto la estratagema de que nos hemos valido para embriagarlos?

—Pues, sencillamente— respondió el padre Tomás—, porque la inteligencia de estos animales está dominada frecuentemente por su glotonería y se olvidan completamente del peligro por satisfacer sus apetitos.

—Es verdad—dijo el doctor, interrumpiendo al misionero—, pues yo he leído en cierta Historia Natural, y usted seguramente lo habrá visto practicar así a las tribus salvajes, que los naturales de este país, cuando quieren cazar monos, vacían una calabaza en la que hacen un agujero lo suficiente grande para que aquellos animales puedan meter la mano, pero demasiado estrecho para que les sea posible sacarla si, habiendo cogido algún objeto en su interior, quieren extraerlo con ella cerrada. Hecho esto, depositan en el fondo de la calabaza azúcar o cualquier golosina y se la arrojan a los monos, que, ansiosos por coger su manjar favorito, hacen esfuerzos para introducir la mano por la estrecha abertura, y con tal avaricia se apoderan del contenido, que se dejan coger antes que soltar su presa. Este procedimiento sólo se puede usar con monos de poca talla, como los babuínos, los titís, los macacos y otros, porque los

orangutanes, los gorilas y las especies de gran tamaño son tan feroces que sólo se pueden cazar en vivo por medio de trampas más sólidas. Sin embargo, figuraos qué gracioso espectáculo presentarán estos animalitos con las manos prisioneras en las calabazas y sin poder quitarse tan incómodos guantes.

Los tres niños reían como locos al escuchar el relato del doctor. Isaac, aunque no entendía una palabra, también reía, por ese extraño contagio de la risa entre los niños.

—Reíos, reíos, niños—dijo el misionero—, pero no olvidéis que de esto y de la graciosa escena que habéis presenciado, debéis aprender que los hombres, como los monos, son víctimas de sus pasiones y de sus propios defectos, que muchas veces les hacen perder la libertad y la vida.

—Y diga usted—preguntó Pirulete al misionero—, ¿se tratan bien los monos entre sí, o suelen tener muchas luchas y guerras, como los hombres? ¿Obedecen a algún rey, patriarca o jefe de tribu, o viven como quieren vivir algunos hombres, sin obedecer a ningún sistema de gobierno? En fin, ¿son buenos padres y sus hijos los obedecen y respetan?

Quedó un momento perplejo el padre Tomás ante aquella avalancha de preguntas que Pirulete le dirigía, y después, sonrien-

te como siempre, contestó al niño:

—Muy listo debes de ser, pequeño, cuando me haces esas preguntas, a las que verdaderamente no sé qué contestarte. Te diré lo poco que he podido observar en estos animales respecto al particular y quedaré cumplido. Las mayores virtudes de los monos son el espíritu de asociación, el respeto a sus jefes y su amor filial, que en muchos casos podría servir de ejemplo a los hombres. Respecto a las dos primeras, es curioso observar el mutuo apoyo que se prestan, y que el macho más experto de la tribu se erige en jefe, cuyo honor adquiere a fuerza de luchar con sus rivales. De modo que el dominio de la tribu es del que más puede y del más sabio. Esto se explica por el hecho de que los monos superiores en fuerza son en general los más adultos y, por lo tanto, los que han adquirido la experiencia de la selva, y los jóvenes se ven precisados a reconocer la superioridad de aquellos.

—De modo que tienen rey—dijo Pirulete, satisfecho de haber acertado.

—Rey precisamente, no; pero sí un jefe de tribu, una especie de patriarca como había antiguamente entre las tribus nómadas. En la Naturaleza, hijo mío, aunque no queramos verlo, todo es-

tá subordinado a un orden superior, que es lo que en filosofía se llama orden preestablecido. Por esto entre los monos (aunque los monos no estudien filosofía), se le rinde al jefe una obediencia absoluta, y por esto, unidos y disciplinados, luchan y vencen los innumerables peligros que los acechan y son los reyes de los bosques donde viven. A cambio de esta obediencia, el jefe vela por lá seguridad común. Como detalle curioso, diré que entre estos animales existe una solidaridad tan íntima y perfecta, que las grandes especies protegen a las pequeñas. X

—Pues, ¿ si tan bien se gobiernan en la tribu, mejor se regirán en la familia?—preguntó Pirulete.

—Ya te he dicho, pequeño, que el amor filial es una de sus mayores virtudes. Las hembras sólo tienen un pequeñuelo y algunas especies hasta dos, que la madre cría con mucho esmero y cariño. Lo lamen, lo peinan, lo estrechan con frecuencia contra su pecho o lo balancean entre sus brazos para dormirlos, y, cuando el pequeño empieza a sentir deseos de libertad, la madre lo deja correr y jugar con los de su edad, pero sigue sus pasos,



...y hasta hay casos en que le da una verdadera azotaina. (Pág. 31)

le vigila, le impide comer cuanto pudiera perjudicarle, le anuncia el peligro con un singular aullido, y cuando le desobedece, cosa que sucede rara vez, porque los monos jóvenes son más sumisos que muchos niños, le castiga tirándole de las orejas, pellizcándole o sacudiéndole con fuerza, y hasta hay casos en que le da una verdadera azotaina. Las madres sufren cuando los ven enfermos, y la muerte del ser querido ocasiona casi siempre la suya, pues el dolor de tal pérdida acaba con su existencia. Cuando muere una madre, otra hembra recoge al hijo abandonado y toda la tribu lo defiende y ampara hasta que puede valerse por sí propio.

Maravillados estaban todos oyendo el relato del misionero, cuando observaron que Isaac, acercándose a su amo, le dijo varias palabras en su extraño idioma, que no debieron agradaerle mucho, porque frunció profundamente el entrecejo e hizo detener su cabalgadura.

—¿Ocurre algo malo?— preguntó, alarmado, el doctor.

—Sí, ocurre algo muy grave, y es que nos hemos perdido en la selva y, en vez de caminar hacia la montaña donde tengo mi residencia, nos hemos dirigido a las orillas del Zambeze.

—Pero, ¿cómo puede ser eso si el Zambeze lo hemos dejado nosotros muchos kilómetros a nuestra espalda?—replicó el doctor.

—Es verdad; pero también es cierto que después el río, abandonando el territorio de Zambezia, forma o describe una violenta curva, que sirve de límite al país de los matebeles, y terminada dicha curva, toma ya su dirección O. a E. y entra en territorio del África Portuguesa, y, después de unírsele el río Chiré y llegar a tener hasta 13 kilómetros de extensión, se divide en varios brazos y desagua en el canal de Mozambique.

—¡Pues nos ha fastidiado usted con la noticia, padre Tomás!—dijo Boliche—; porque, si eso es cierto y los marabís, nuestros perseguidores, han seguido el curso del río, eso quiere decir que dentro de unas horas me veré, o, mejor dicho, nos veremos asados en la parrilla o puestos en salsa verde.

—Y no es eso lo peor—añadió el misionero, preocupado—, sino que en esta época se corre un gran peligro acercándose al río, porque es la época de las inundaciones y el Zambeze lo arrasa todo cuando se sale de madre.

—¡Ay, su madre!—exclamó Boliche—. ¿Sabe usted que esta tierrecita es un encanto? ¡Cuando no son los salvajes antropófagos, son las fieras de la selva, cuando no los insectos venenosos o los ríos que se salen de madre! ¡Si sale uno de paseo, se pierde en la selva, si se queda uno en casa le asaltan los salva-

jes, o le da un tabardillo; si come uno algo, creyendo que es un alimento, resulta que es un veneno!... ¡Esto es vivir en el Infierno!

Y el infeliz, desesperado, se daba grandes puñetazos en la cabeza y en el rostro y se arrancaba los pelos en el colmo del paroxismo.

Vi

Cuando más entretenido estaba Boliche administrándose cachetes y puñadas y sus amigos trataban de sujetarle los brazos, un ruido como el de un trueno lejano detuvo al cocinero en sus movimientos.

El misionero quedó como petrificado.

—¿Qué pasa?—dijo Mary.

—¿Qué ocurre? — preguntaron alarmados al padre Tomás sus dos compañeros.

—¡Que estamos perdidos! Ese trueno lejano que parece que no va a tener fin, es la inundación que se acerca.

—¿Lo veis? — exclamó Boliche, horrorizado—. El río se sale de madre, de padre y de toda la familia. ¡Estamos lucidos!

—¡El dios de los marabís tenga piedad de nosotros! — dijo Chimbo.

—¡Mejor sería que nos regalara un salvavidas!—gritó Boliche enfurecido, siguiendo en su tarea de mesarse los cabellos.

—No sea necio, hermano—le dijo el misionero—, y el tiempo que gasta en su inútil desesperación empléelo en poner los medios para salvarse.

—¿Qué medios? — preguntó, esperanzado, Boliche.

—Por lo pronto—respondió—, subiremos a la copa de este árbol gigante, que parece lo bastante fuerte para sostenernos a todos y resistir los embates de la corriente, y lo bastante alto para que las aguas no cubran sus ramas que, llenas como están de frutos, nos servirán al mismo tiempo de albergue y de despensa.

—¡Buena idea!—exclamó Boliche—. ¡Buena para todos, menos para mí, que no puedo seguir su ejemplo! Porque, ¿cómo voy a subir yo a esas alturas con mis ciento y pico de kilos de peso?... ¡Me ahogaré irremisiblemente!

—No tal—dijo Mary, entregándole una larga cuerda que había en las alforjas del animal que les servía de acémila y las calabacitas que habían dejado vacías los gorilas—. Con esta cuerda puedes atarte a la cintura las calabazas a modo de salvavidas, y con el resto que, como ves, es bastante largo, te amarraremos a una de las ramas para que no te lleve la corriente.

—¡Eres sublime, Mary!—respondió alborozado Boliche, cogiendo las cucurbitáceas—. ¡Esta es la primera vez que no me

es decir, que si aquél no llega a encontrar albergue cerca de sus compañeros, hubiera sido irremisiblemente devorado por los terribles saurios.

Aquella situación era insostenible, cercados por tan terribles enemigos, que, cada vez más audaces, se acercaban a su refugio, a pesar de que sus ocupantes los recibían a tiros, y viendo que la noche se aproximaba, sólo confiaban en la bondad de Dios. Él, sin duda apiadado de sus sufrimientos, hizo que cuando ya el sol se ocultaba en el horizonte numerosas piraguas tripuladas por los fieles del padre Tomás se acercaran al árbol y, ahuyentando los cocodrilos, salvaran a los pobres náufragos de la selva.

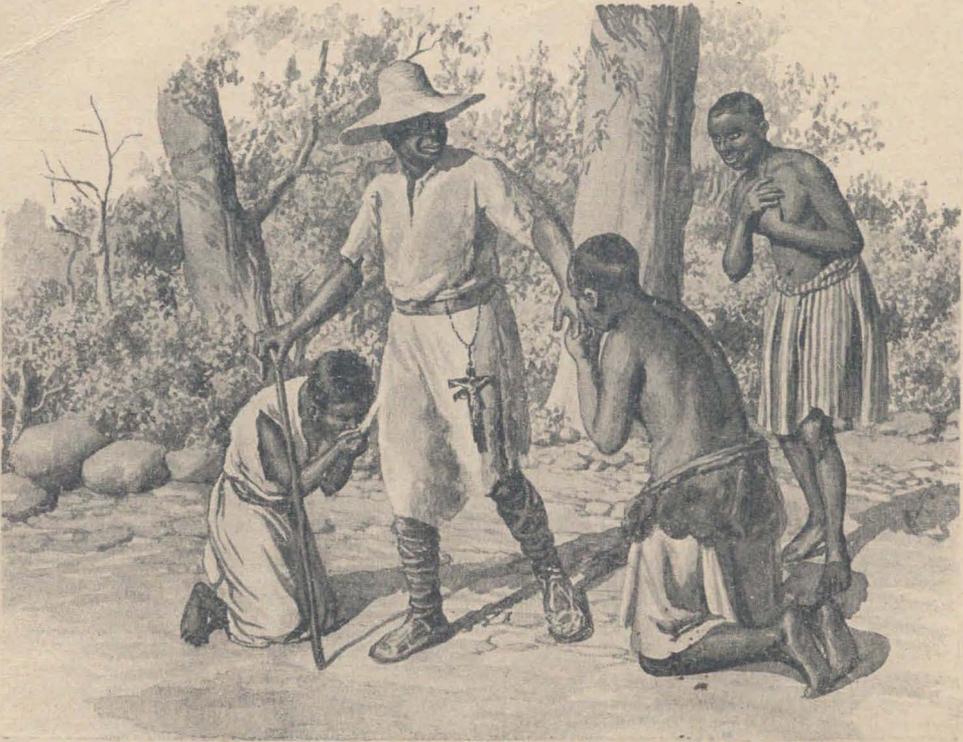
Así, embarcados en una de las piraguas, atravesaron aquel improvisado océano, hasta que pisaron tierra firme y, al fin, pudieron instalarse en las habitaciones del padre Tomás.

Todos, a pesar de lo ocurrido, sentíanse perfectamente; sólo el infortunado Boliche guardó cama y se pasó muchos días estornudando y quejándose del reuma.

Durante este tiempo, nuestros amigos se dedicaron a visitar las diferentes tribus de que se componía el pueblo de los cocorocos y a estudiar sus costumbres, que por cierto eran bien extrañas. La primera de ellas, la más cercana a la casa del misionero, era cris-

tiana, y en ella, salvo el paisaje y la diferencia de color de sus habitantes, la vida era casi igual a la de cualquier aldea de Europa. Las otras tribus eran paganas y muy salvajes y profesaban las más estrambóticas creencias. Sin embargo, aunque muy fieras en los combates, respetaban a los forasteros y no comían carne humana. También mostraban gran cariño al misionero, al que pretendían adorar como si fuera uno de sus dioses, a pesar de las protestas y de la indignación del padre Tomás. Pero aquellos desgraciados, tomando al instrumento de Dios por Dios mismo, se arrodillaban a su paso, besaban sus pies y sus manos, guardaban pedazos de sus vestidos como si fueran reliquias y le llevaban a visitar a sus enfermos, en los que el padre Tomás, con sus grandes conocimientos de Medicina, hacía curas verdaderamente milagrosas.

Los cocorocos infieles eran una gente hospitalaria y de buen fondo, pero muy extravagante. Sus costumbres diferían por completo de las de los otros pueblos africanos. No tenían divinidad ostensible, ni se veían en sus aldeas templos ni ídolos: sus templos eran unas grandes cuevas vacías, donde aseguraban que se les aparecía el espíritu de la vida, que se comunicaba con el pueblo por medio de sus sacerdotes iniciados en su voluntad.



...se arrodillaban a su paso, besaban sus pies y sus manos... (Pág. 35.)

Además, creían en un genio del mal, llamado Maribú, cuya principal misión era la de causar daño a los hombres. Las selvas impenetrables, los sitios más agrestes y sombríos, según los salvajes, sirven de morada al Maribú, que sólo ataca al hombre cuando lo encuentra solo, pero que huye si le oye cantar. Por eso, los supersticiosos salvajes, valientes ante las fieras y los mayores peligros de la selva, tiemblan como azogados al verse solos en los bosques y cantan para ahuyentar su terror, como los niños miedosos cuando atraviesan una habitación oscura.

Los salvajes aplacan al espíritu maligno regalándole una cebra negra, que abandonan en los linderos de la selva y que casi siempre devoran las fieras. Los cocorocos creen que las devora el mal espíritu, o Maribú.

En cuanto a la familia, en aquel pueblo extraño está regida por las leyes más absurdas. La mujer es la esclava del hombre: la bestia de carga; a ella incumbe el cultivo de las tierras, el cuidado de la casa, la extracción del aceite que obtienen de una planta muy apreciada por los salvajes, la fabricación del ajuar de casa y de las armas que necesite

el esposo, así como de los instrumentos de caza y pesca, y, en fin, de toda clase de trabajos.

También corre a cargo de las mujeres la industria, que consiste en la fabricación de cestos de mimbre tan bien hechos y tupidos que pueden conservar en ellos el bitako o suero de leche de la hembra del búfalo, manjar que no falta nunca en la mesa de los cocorocos. Hacen toscos utensilios de barro, collares, peinetas que prenden en sus encrespados cabellos, telas vegetales y tejen el algodón, que abunda en aquellas tierras, y sobre todo hacen unos magníficos bastones de camino, sin los cuales ningún cocoroco que se tenga en algo se atreve a salir de paseo.

Los hombres, entretanto, se dan muy buena vida y, fuera de cazar y procurar el topo o vino de palma necesario en la casa, se puede decir que no tienen ocupación alguna. Comercian, se embriagan, se pasean o se dedican a las danzas sagradas, que es una manera muy bien vista del país, de no hacer nada. En fin, que son unos solemnes gaudes.

Las leyes del país, aunque muy raras, tienen algún fondo de sabiduría. Se considera rico todo el que tiene un arma de fuego, un rebaño de cabras, varias vacas y un rebaño de búfalos. Los ricos tienen la obligación de mantener a los pobres enfermos

e inútiles y a las viudas y huérfanos de los valientes muertos en la guerra; y su código no tiene más que tres artículos: el que mate será muerto, el que robe será despojado de sus bienes, y todo ciudadano tendrá el deber de ir a la guerra y de socorrer en los momentos de peligro a sus paisanos.

Todas estas cosas tenían admirado a Pirulete, que las iba apuntando en un cuaderno de memorias que pudo salvar del naufragio que le llevara hasta aquellas tierras misteriosas.

VII

Una mañana el gran Barabí, príncipe de los cocorocos, se presentó en la choza donde descansaba el padre Tomás con sus compañeros, y les dijo sonriente:

—Extranjeros, vengo a invitaros a una cacería, para la que ya se halla dispuesto todo mi pueblo. En las orillas del río se ha presentado un numeroso rebaño de búfalos compuesto de más de mil reses. El pueblo cocoroco está de enhorabuena porque en mucho tiempo no le faltará la carne fresca, ni el bitako o manteca de leche de búfala, que es la base de su alimentación. ¡Albricias, extranjeros! ¡Contamos con vuestras carabinas!

El padre Tomás y sus camaradas se pusieron en seguida a dis-

posición de Barabí y le siguieron en medio del entusiasmo de toda la población indígena, que los aclamaba lanzando gritos de alegría, haciendo sonar sus trompas de caza y disparando los pocos rifles que poseían.

La alegría de aquellas sencillas gentes era muy explicable. Los búfalos constituían la mayor riqueza de aquel pueblo, porque proporcionaban a sus habitantes carne, leche y manteca en abundancia.

Una hora después el príncipe, los invitados a la cacería y todos los demás cazadores se pusieron en marcha, y a las dos horas de camino penetraron en la selva y se acercaron a las orillas del Zambeze, lugar en que abundaban los búfalos.

Pronto divisaron los cazadores un numeroso rebaño de búfalos que pacía tranquilamente en la ribera del Zambeze. Entonces Pirulete pudo observar que aquellos animales eran muy parecidos a los toros de las dehesas españolas, aunque tenían peor estampa, los cuernos más retorcidos y una ligera joroba cerca del morrillo.

Los salvajes, en vez de hostigarlos, comenzaron a fabricar no lejos del rebaño una trampa que consistía en un espacio de tierra cerrado con una empalizada, en la que dejaron una abertura para que penetraran las reses. Des-

pués abrieron un largo camino en la selva, derribando con sus hachas los árboles, y se subieron a las ramas de los que quedaban en pie en sus linderos.

Todas estas precauciones no eran inútiles, teniendo en cuenta que entre los animales de la raza bovina salvaje no hay ninguno que pueda igualar al búfalo en la rabia y furor del ataque. Tan fiero es, que, enemigo declarado del tigre, lucha con él y alcanza siempre la victoria.

Para cogerlos vivos, los cocorocos imitaban con sus trompas el mugido de los búfalos, y éstos, atraídos por el reclamo, penetraron en el camino abierto por los salvajes en la selva. Después los cazadores hicieron gran estrépito dando golpes con unas tablas, y el rebaño, asustado, se precipitó en el recinto cerrado por la empalizada, como los toros en el encierro.

Boliche, al contemplar aquel espectáculo, lleno de entusiasmo, sintió que ardía en sus venas la sangre torera. Tal fué su júbilo y tantos brincos y saltos dió en la rama donde había tomado asiento, que ésta, no pudiendo resistir el enorme peso del cocinero, se desgajó, dejando caer a Boliche en tierra en el preciso momento en que un búfalo rezagado iba a penetrar en la trampa.

Boliche se quedó pálido como

Cerrada la empalizada y tranquilos al fin los ánimos, todos socorrieron a Boliche, que había recibido de su feroz adversario una terrible paliza. El pobre cocinero había perdido el conocimiento, y cuando logró recobrarlo, se quejaba de grandes dolores en todo el cuerpo. A duras penas le colocaron en unas parihuelas que al efecto fabricaron los salvajes con ramas de baobab. De esta manera le condujeron hasta la aldea, donde entraron todos más contentos aun que habían salido, excepto el infeliz cocinero, que iba triste y aporreado.

Al día siguiente celebraron los salvajes un gran festín en honor de los extranjeros, al que asistió Boliche, algo mejorado por el reposo de la noche anterior y por los cuidados de Mary y el doctor. Los cocorocos, queriendo mostrarse espléndidos con sus convidados, habían sacrificado dos magníficos búfalos de los más jóvenes, cuyas riquísimas carnes hicieron las delicias de los comensales. Hubo aparte bitako o quesón de leche de búfala y top o vino de palma, todo en abundancia. Hubo también en la mesa varios volátiles y unos ricos peces del Zambeze que había guisado el propio Boliche para que el príncipe pudiera apreciar sus habilidades de cocinero. Boliche recibía los plácemes de la concurrencia y, olvidado de su desgracia del día anterior, ha-

cíase promesas de no abandonar aquel país hospitalario donde se comía tan bien, sin peligro de ser devorado por sus habitantes.

Al final, las doncellas más hermosas del pueblo les sirvieron las mejores frutas de aquellas tierras, y para recrear sus ojos bailaron las danzas sagradas, arrojando flores de aromas sin igual sobre los invitados.

Terminada la comida y cuando todos los comensales se ponían en pie, se presentó en el lugar de la fiesta un hombre huesudo y sarmentoso, de barba y cabellera plateadas, y que, a juzgar por su aspecto, debía ser ya centenario. El viejo iba acompañado por un muchachito de tez cobriza que llevaba sobre la cabeza un cesto de junco tapado con una piel de canguro. Así como el viejo a primera vista resultaba repulsivo, el niño, que era muy bello, causó a Pirulete y sus amigos una profunda sensación de simpatía.

Abuelo y nieto, que éste grado de parentesco existía entre el anciano y el niño, saludaron a los convidados, que les abrieron paso con grandes muestras de respeto. Hasta el príncipe Barabí hizo al viejo una gran reverencia, como si se encontrara en presencia de un ser superior de naturaleza divina.

Aquel hombre, que era un aojador o hechicero domesticador de serpientes, clavó su mira-



da diabólica en el padre Tomás, cer por privilegio de nuestros y, encarándose con él, le dijo con dioses.
acento altanero :

— ¡ Hombre santo ! Desde que tú has venido a esta comarca, los hombres que oyen tu palabra no vuelven a visitar la cabaña del brujo de la selva, al que recibe las inspiraciones del espíritu de la vida y rechaza siempre triunfante los ataques del Maribú o espíritu del mal ; el que cura el mal de ojo con la hierba sagrada y da a los guerreros la flor de la victoria que los hace invencibles. Grande es tu poder, pero yo te desafío a que hagas lo que yo hago, lo que me está permitido ha-

Y acto seguido el brujo mandó a su nieto que dejara en el suelo el cesto y, destapándolo, se colocó a poca distancia, acurrucado. Después, con un clarinete hecho de caña de bambú, comenzó a tocar una melodía lenta y monótona.

VIII

Poco a poco comenzó a salir del cesto una enorme serpiente de las llamadas de anteojos, reptil de unos tres metros de largo, que tenía la parte superior del

cuerpo amarilla con reflejos cenicientos y en la nuca unas listas negras que representaban con bastante exactitud unos anteojos o también una calavera, que de ambas maneras podía interpretarse aquel extraño dibujo. Minutos después, el terrible y venenoso reptil acabó por enderezar parte del cuerpo, aunque sin salir del cesto, mientras su cuello se dilataba en forma de globo, dejando escapar agudos silbidos. Por fin, irritado y moviendo rápidamente la lengua, se arrojó varias veces hacia adelante, como si quisiera morder al brujo, pero éste, que no quitaba la vista de encima de la serpiente, en la que tenía clavados los ojos con singular fijeza, seguía todos sus movimientos, rehuyendo hábilmente la punzada de sus colmillos. Al cabo de un cuarto de hora, el animal estaba menos agitado y parecía obedecer a las cadencias del clarinete, hasta que, por fin, cayó en un estado muy parecido al de la somnolencia. Sus ojos, que antes espiaban al brujo, esperando el instante propicio para morderle, se quedaron quietos, fijos en los del hombre, como fascinados por la mirada del hechicero. El brujo aprovechó este momento para jugar con el terrible reptil, que acabó por enroscarse al cuerpo de aquél, acercando al rostro del viejo su achatada cabeza.

Este raro espectáculo no podía ser más emocionante.

De pronto ocurrió un extraordinario suceso que demostró, lo mismo a Pirulete y sus amigos que a los salvajes de la tribu de Barabí, la sabiduría y la grandeza de alma del padre Tomás.

Lo ocurrido fué lo siguiente. Mientras el brujo, orgulloso de su trabajo y de la admiración que causaba a todos, hacía bailar a la serpiente ante la concurrencia, su nieto la excitaba golpeándola con una varita. El niño, que apenas si tenía diez años, irritó de tal manera al reptil, que éste le mordió enfurecido en una mano. El brujo lanzó un alarido de espanto. El pequeño Baki, su adorado nieto, iba a perecer irremisiblemente. Y, sin saber qué remedio adoptar, cayó a los pies de la pobre criatura, llorando y golpeándose la cabeza contra el suelo. El padre Tomás, entretanto, más sereno o más abnegado que el brujo, se precipitó sobre el muchacho y, colocando sus labios sobre los de la herida de éste, absorbió el virus venenoso que en ella había dejado la serpiente. Después, cogiendo de la hoguera donde se habían asado los búfalos, un tizón, cauterizó a fuego la parte mordida por el reptil. El niño resistió la cura sin exhalar una queja, comprendiendo el beneficio que el buen misionero le hacía, exponiendo

Auto

su vida por salvarle de una muerte cierta.

Mientras el misionero llevaba a cabo aquella operación, todos estaban contemplándole silenciosos. El hechicero había levantado la cabeza y, lleno de gratitud, besaba con respeto religioso las ropas del bienhechor de su nietecito. Entretanto, el buen padre Tomás iba palideciendo lentamente y después cayó al suelo en grave estado de postración. Sin embargo, pudo hablar unas palabras con voz apagada y, enseñando a Perejil un diminuto pomo que llevaba pendiente del cuello por una cadenita de hierro, le pidió que de hora en hora le diera tres gotas del líquido que contenía y que hiciera lo mismo con el niño mordido por la serpiente. Después perdió el habla, el tacto y la vista, y, por último, una frialdad parecida a la de la muerte invadió su cuerpo. Otro tanto ocurrió con el nieto del brujo. Pero, al fin, pudieron salvarse. El veneno de la serpiente había perdido mucho de su virulencia con la operación que tan generosamente practicara el buen padre Tomás.

Aunque los pacientes habían perdido la sensibilidad de tal modo que se les hubiera creído cadáveres a no ser por la respiración fatigosa que agitaba sus pechos, Perejil pudo abrirles a viva fuerza las mandíbulas y darles las gotas del pomito, que

óbraron maravillosamente. Una hora después, volvían en sí, recordando sus sentidos, aunque continuaron varios días débiles y postrados.

Mientras se desarrollaba esta escena, el reptil causa de tantos males permanecía libre y amenazador en el centro del aduar, a pesar de los esfuerzos del hechicero, que pretendía dominarlo con la tocata adormecedora de su clarinete. Todo era en vano. La serpiente se revolvía furiosa contra el domador, que más de una vez estuvo a punto de ser mordido por su terrible enemiga.

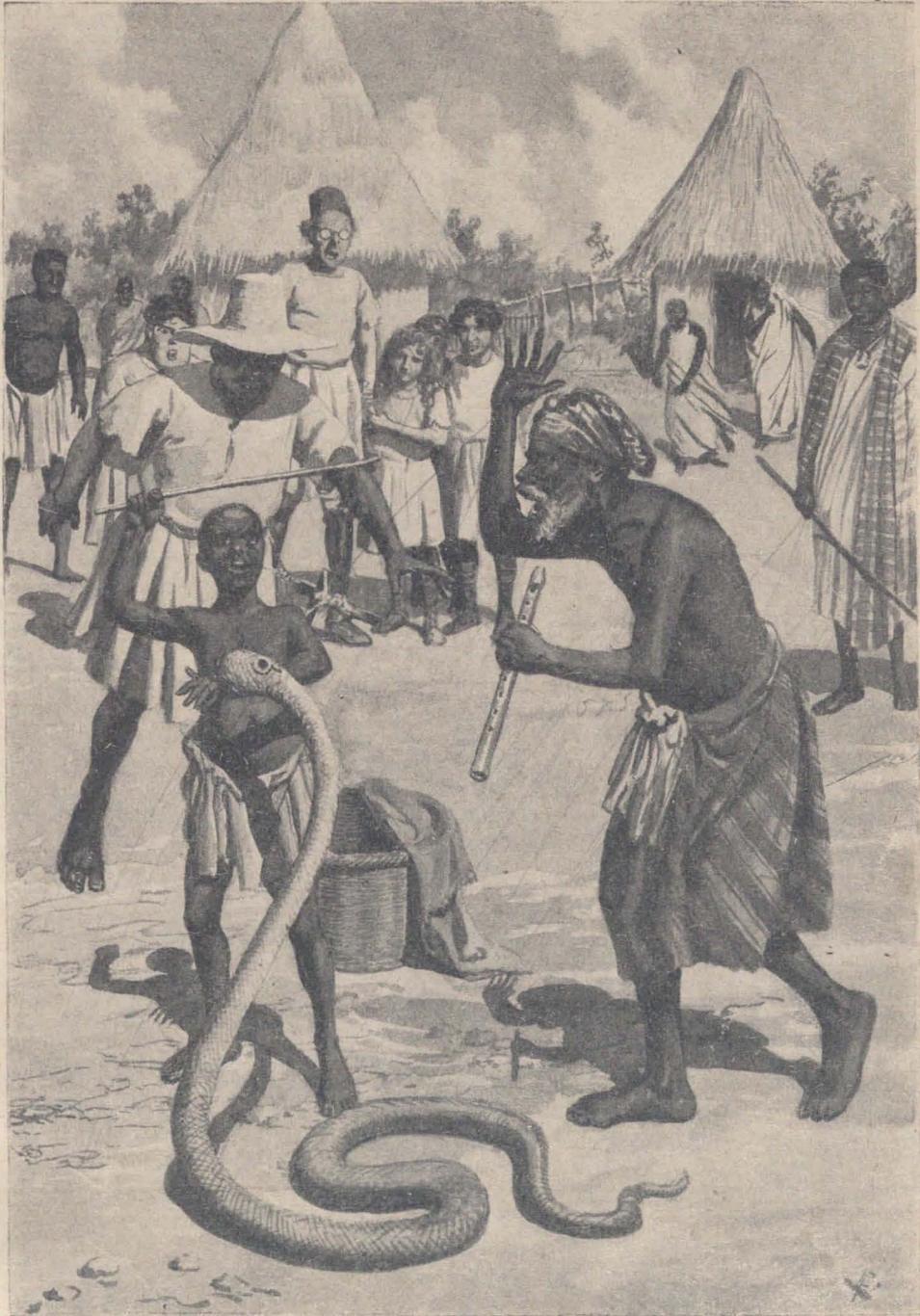
De pronto, y cuando más grande era el peligro para todos los presentes, descendió de los cielos un ave de rapiña del tamaño de un águila y acometió al reptil.

Pirulete, al fijarse en el tremendo pájaro, lanzó un grito de entusiasmo y dijo a Boliche que, como de costumbre, temblaba como un azogado :

—¡ Nos hemos salvado, Boliche, nos hemos salvado!... ¿ Sabes qué animal es ése que corre en nuestro auxilio?

—Creo que lo he visto en otra parte — respondió el interpelado—, pero en este momento no me acuerdo.

—Pues, lo hemos visto en la Isla Desconocida, a las orillas del lago Azul. ¿ No te acuerdas de aquellos pájaros que nos enseñó el anciano Sahib y que mataban las serpientes más corpulentas?



...irritó de tal manera al reptil, que éste le mordió enfurecido en una mano.
El brujo lanzó un alarido de espanto. (Pág. 43.)

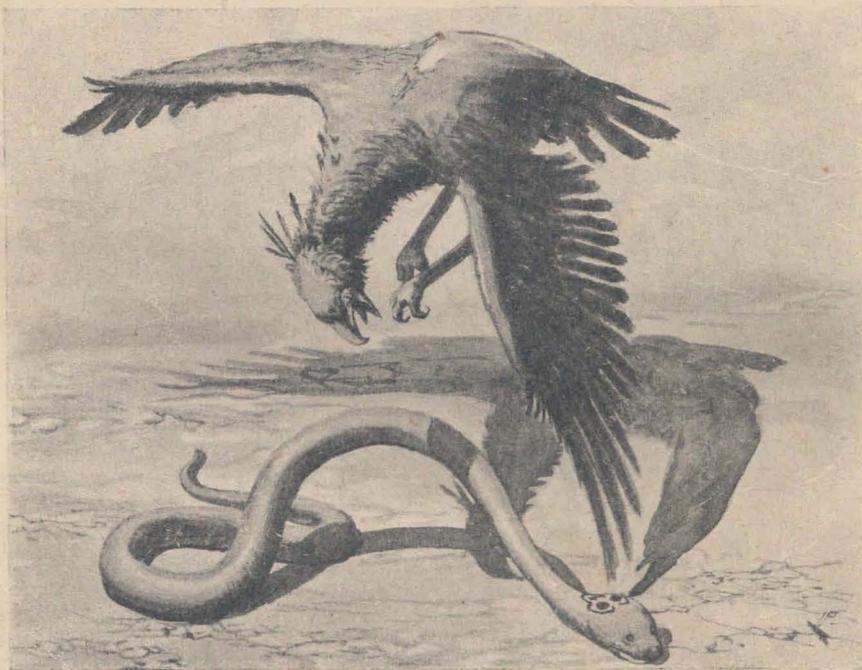
*Hija de
Puta*

Pues, estamos delante de uno de los ejemplares más soberbios, y ese reptil que tanto daño nos ha hecho va a morir dentro de unos minutos. ¡Loado sea Dios que así ha venido en nuestro socorro!

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó entusiasmado Boliche—. ¡Así pagará su perversidad ese animal repugnante! En cuanto a la conducta de ese ilustre y dignísimo pajarraco, me hará respetar siempre los pájaros, como si fueran de la familia. ¡En lo sucesivo no comeré perdiz escabechada, ni pollo con tomate, ni gallina en pepitoria, y al que me pida un pájaro frito le doy un puntapié!

Mientras Boliche hablaba de esta manera y sus compañeros,

a pesar de lo grave de la situación, reían escuchando sus cómicos razonamientos, el serpentario acometía a su temible enemigo, y aunque éste se declaró en vergonzosa retirada, le persiguió encarnizadamente. Entonces el reptil, al verse acorralado, enderezó el cuerpo y trató de intimidar al ave de rapiña dilatando extraordinariamente la cabeza y lanzando un agudo silbido. En aquel instante, el ave, que reservaba sus alas como armas ofensivas y defensivas, desplegó una de ellas a guisa de escudo que resguardaba sus piernas y la parte inferior de su cuerpo, mientras que con la otra descargaba terribles golpes a su enemigo.



reputa

El ave saltaba, retrocedía, giraba en todos sentidos con la agilidad de un luchador de oficio, presentando siempre al diente venenoso de su adversario el extremo de su ala defensiva, donde la serpiente agotaba su veneno mordiendo inútilmente las plumas del gigantesco pájaro.

Aturdido, al fin, el reptil por un aletazo del ave, vaciló y rodó por el suelo. El serpentario lo cogió con destreza, lanzándole por los aires varias veces, hasta dejarle sin fuerzas, momento que aprovechó para destrozarle el cráneo a picotazos. Luego, sujetando el cuerpo del ofidio entre sus garras, lo despedazó con su corvo pico y se lo engulló tranquilamente. Terminada esta operación, elevó el vuelo serenamente, como satisfecha de haber cumplido la misión que Dios le tenía reservada en la tierra, y, por último, desapareció ante los ojos de todos, que contemplaron asombrados aquella escena.

El doctor, acercándose a Pirulete, que, ãbsorto, tenía la vista fija en el punto del espacio por donde había desaparecido el ave salvadora, le dijo :

—Querido niño : el día de hoy ha tenido grandes enseñanzas para ti y para todos. Aprende de ese santo misionero, cómo la caridad nos hace arriesgar hasta la propia vida en bien de nuestros semejantes, y, por último, piensa siempre cómo ese pá-

jaro ha matado a la serpiente, que todo tiene en la vida su antagonismo : que no hay un ser sin rival, ni un poder sin cortapisa, ni una mala acción sin castigo, porque la lucha por la existencia es la ley inexcusable de la Naturaleza.

Terminado que hubo el doctor su plática con el muchacho que le escuchaba, dió órdenes a los salvajes para que llevaran a los enfermos a la cabaña del rey Barabí, donde, gracias a sus asiduos cuidados, pudieron recobrar la salud y sonreír nuevamente a la vida.

No hay por qué decir que el viejo hechicero quedó muy desacreditado ante los indígenas, que le echaron de la aldea a pedradas, a pesar de su falso carácter *divino*, y que tanto el padre Tomás como los extranjeros volvieron a su casita del monte, llevándose al pequeño Baki y rodeados de un brillante cortejo por orden del príncipe Barabí, que fué desde aquel día uno de sus más fervientes admiradores.

IX

Aunque nada faltaba a nuestros amigos en el albergue del padre Tomás, sentían la nostalgia de la patria, tan querida como lejana. Sobre todo, Pirulete cada vez estaba más triste y pensativo, porque el recuerdo son-

riente de su hogar y del amor de los suyos no se apartaba de su mente. Pero, ¿cómo tornar a España? ¿Cómo atravesar aquellos bosques misteriosos, llenos de fieras, de insectos, de peligros de todo género? Más de una vez trataron de reunir una caravana de salvajes cocorocos que les acompañaran al través de las selvas inextricables, pero éstos, que no podían vencer su temor supersticioso a los malos espíritus que poblaban aquellos lugares, no se atrevían a prestarles ayuda para empresa tan arriesgada. Y aun venciendo el obstáculo insuperable para sus escasas fuerzas, que les presentaban las selvas misteriosas, tras éstas les esperaba el desierto mortal donde los esqueletos de los viajeros señalaban el triste fin de los hombres que habían intentado atravesarlo. No era este desierto tan grande que una caravana perfectamente equipada no pudiera cruzar de un lado a otro sus arenas, pero llegaban a él los caminantes tan extenuados por las luchas sostenidas en las selvas con las fieras, los elementos y las enfermedades, que eran muy pocos los que lograban salvarse y llegar a las colonias inglesas o portuguesas.

Cada vez que Pirulete hablaba de sus proyectos de viaje a Boliche, poníansele los pelos de punta, porque adivinaba una serie inacabable de calamidades y

desventuras de las que se llevaría él la peor parte.

—¿Pero es que no estamos aquí bien?—decía compungido el pobre cocinero—. Gozamos de buena salud; comemos a dos carrillos, que es lo principal, y, gracias a la bondad del padre Tomás, que es tan amable, nada nos falta. ¿Podemos querer más en medio de nuestra desgracia?

—¿Y la patria, Boliche? ¿La patria donde hemos nacido y que no volveremos a ver más?—respondió Pirulete, exaltado.

—¡Troncho!—exclamó Boliche—. Mucho quiero el terruño donde nací, pero si a costa de tantos peligros y fatigas he de tornar a verlo, en buena hora se quede donde está, y yo aquí, entre estos simpáticos morenos, bebiendo vino de palma y leche de búfala y comiendo plátanos y carne de cocodrilo.

—¡Hablas como lo que eres!—respondía, indignado, Pirulete—. ¡Como un solemne tragón! ¡Todos tus sentimientos se pueden encerrar en los estrechos bordes de una cacerola!

—¿Pero ven acá, loquillo!—decía el cocinero a su interlocutor tratando de convencerle—. ¿Cómo quieres que emprendamos este nuevo y terrible viaje, si apenas podremos luchar con las grandes calamidades que han de sobrevenirnos? ¿No tenemos ¡por san Ciriaco bendito! una triste experiencia de los muchos

peligros que acechan al hombre en estos países?

—Por eso mismo debemos salir de ellos cuanto antes—respondió enérgicamente Pirulete, cortándole la retirada a Boliche.

—¡Y la pobre Mary, cómo vamos a exponerla a los terribles contratiempos y fatigas de esta expedición?—objetó el cocinero, queriendo tocar la fibra sensible.

—La dejaremos aquí al cuidado del padre Tomás, que tanto la quiere—dijo Pirulete sin inmutarse.

—¡No, eso nunca! ¡Yo iré con vosotros hasta el fin del mundo, si fuera preciso!—exclamaba la linda Mary.

—¡Ahí tienes: una débil criatura te ha dado una lección de valor!

Y Pirulete, volviendo despectivamente la espalda al gordo cocinero, dejaba la discusión para otro día.

Una tarde, cuando más tranquilos se hallaban nuestros héroes, se presentó en la casa del misionero el príncipe Barabí seguido de buen golpe de gente de armas.

—¡Extranjeros!—dijo el príncipe al doctor y a sus amigos, con acento dramático—. ¡La terrible tribu de los makalolos, devoradores de carne humana, acaba de declararme la guerra porque me niego a pagarle el tributo anual!

—¡Y en qué consiste ese tribu-

to?—preguntó Boliche, que ya entendía perfectamente el lenguaje cocoroco.

—¡Pues en la entrega de veinte de los hombres más rollizos de nuestro reino para que sean sacrificados!—dijo el joven guerrero—. Por eso vengo a que me ayudéis con vuestras carabinas y me prestéis vuestro apoyo y conocimientos. Vosotros seréis unos excelentes generales.

—¡Nosotros a la guerra? ¡Nosotros generales? ¡Declino tanto honor y por mi parte pueden tus enemigos merendarse a todo tu pueblo, que yo no me muevo de aquí aunque me aspen!—contestó Boliche.

—No me entiendes, extranjero. Los cocorocos quieren ir a la guerra, no por ellos, sino por cumplir las leyes de la hospitalidad, que son sagradas en este país. Sabed, amigos, que los makalolos nos perdonan este año el tributo con tal de que os entreguemos a ellos, porque quieren comer carne de los hombres pálicos.

—¡Cáscaras! ¡Y tú, qué has dicho?—preguntó Boliche con los cabellos erizados.

—¡Que pereceré con todo mi pueblo antes de que toquen uno de vuestros cabellos!—dijo el príncipe haciendo un gesto magnífico.

—¡Hombre, eso es ponerse en razón! ¡Eres un príncipe con to-

da la barba!—gritó Boliche apretando la negra mano de su interlocutor.

—El príncipe acaba de darnos una lección, demostrándonos la bondad de su alma y que bajo su piel cobriza guarda un corazón noble y generoso. Lucharemos a su lado hasta vencer o morir.

—¿Cuándo se rompen las hostilidades?—preguntó Pirulete.

—Dentro de siete días — respondió el príncipe.

—Entonces tenemos tiempo sobrado para prepararnos. ¿Tienen armas de fuego nuestros enemigos?

—¡Ni una!

—Y nosotros, ¿de cuántas disponemos?

—De unos cincuenta rifles y otros tantos fusiles de chispa, además de vuestras carabinas.

—Es lo suficiente para infundir pavor a nuestros enemigos—observó Pirulete—; además, se me acaba de ocurrir una idea que seguramente dará excelentes resultados.

—¡A ver! ¡A ver!—exclamaron todos a coro.

—Veréis. Yo he leído en la Historia de España que los cartagineses empleaban en sus guerras los elefantes para sembrar el terror entre sus enemigos. Estos animales, en los momentos de más peligro, eran lanzados contra el adversario. Sobre sus lomos llevaban unos castilletes, desde cuya altura los más aveza-

dos tiradores arrojaban sus dardos y pelotas de brea encendidas. Los animales, enfurecidos por el fragor de la lucha, se encargaban de lo demás, destrozando a cuantos hombres encontraban por delante, con lo que casi siempre ganaban la batalla.

—Entonces, ¿cuál es tu idea?—preguntó el doctor—. ¿Y los elefantes, dónde los hallaremos?

—En estos bosques abundan—dijo el príncipe—. No sería difícil cazar en un par de días hasta una docena y en otros domesticarlos a nuestro gusto.

—Entonces, ¿manos a la obra!—dijo Pirulete, arengando a los guerreros—. Mañana empezaremos nuestros preparativos, y la semana que viene el sol de la victoria alumbrará el país de los corocos.

—¡Viva el general Pirulete!—gritó entusiasmado el príncipe.

—¡Viva!—contestaron todos sus guerreros.

—¡Viva el general Perejil!

—¡Viva!—repetieron los valientes vasallos del príncipe Barabí.

—¡Viva el general Boliche!—vociferó aquél.

—¡Gracias, muchas gracias!—murmuró el cocinero, pálido y tembloroso—. Yo no seré más que rancho.

Y, vencido por la emoción y el miedo terrible que le dominaba, cayó desmayado entre los brazos del príncipe negro.

X

Al día siguiente y apenas el sol asomó su rubicunda faz por Oriente, nuestros amigos, en unión del príncipe Barabí y de numerosos cazadores, se dirigieron a la selva, dispuestos a cazar cuantos elefantes fueran necesarios para ejecutar el plan de batalla planeado por el intrépido Pirulete. Afortunadamente para todos, los apreciables paquidermos abundaban en aquellos lugares y no era difícil darles caza en muy poco tiempo. A media tarde tenían en su poder una manada de magníficos elefantes, que fueron sometidos a la domesticidad por el procedimiento explicado anteriormente (1).

Estaban ya finalizando la cacería, cuando Pirulete vió que venían hacia él corriendo y llenos de pavor los cazadores que se habían destacado para cazar el último elefante.

Los salvajes, sin poder vencer el pánico que les dominaba, corrían buscando refugio en los árboles, gritando :

— ¡ Un solitario ! ¡ Un solitario !

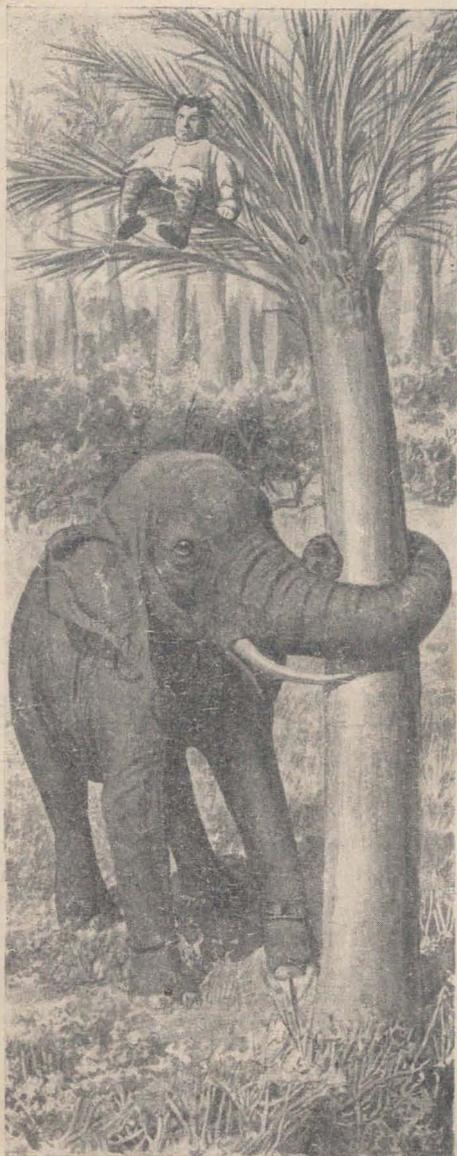
En dos minutos, cuantos formaban parte de la expedición de caza se hallaron en lo más alto

de palmeras y baobabs. Pirulete y sus compañeros, siguiendo el ejemplo de los cocorocos, también se encaramaron en las ramas de los árboles que encontraron más cerca.

El terror de los salvajes era muy justificado, porque un elefante solitario es el enemigo más terrible que puede encontrar en su camino quien se dedique a este género de caza.

Me explicaré. Los elefantes son ingenuos y de carácter dulce así como de fácil domesticidad, pero esto ocurre cuando viven en manada o gran familia. Sólo cuando uno de ellos llega a extraviarse separándose del rebaño o escapa de la cautividad, se ve precisado a vivir solitario, porque luego ni su misma familia le reconoce. Podrá pacer cerca de la manada ; acudir a los mismos lugares de los ríos y de los lagos para beber y para bañarse, y hasta seguir a sus congéneres, pero manteniéndose a una distancia respetable. Esta vida solitaria llega a desesperarles de tal modo, que se convierten en verdaderos animales feroces. Mientras sus semejantes continúan tranquilamente su camino, sin atacar al hombre y respetando hasta sus sembrados y cosechas, el solitario no guarda tales consideraciones ; todo lo destruye, acomete a cuantos hombres y animales encuentra, y con su trompa y sus colmillos

(1) Véase el volumen II titulado «El País de los Antropófagos».



destroza todo lo que halla a su paso.

Con un enemigo tan potente y de tal naturaleza tenían que háberse las los cazadores, y ésta era la causa de su terror.

Apenas se habían refugiado todos en las copas de los árboles,

apareció ante sus asustados ojos el terrible animal. Éste, con las pupilas encendidas y arrojando espuma por la boca, se dirigió hacia una palmera donde se había subido el gordo Boliche y la rodeó con su trompa, sacudiéndola con tal violencia, que poco faltó para que el desgraciado cocinero cayera al suelo como una breva madura. Boliche lanzaba tales gritos de espanto, que movía a compasión. Afortunadamente para él, ocurrió una cosa extraordinaria.

Pirulete, que desde el comienzo de esta escena tenía la mirada fija en el enfurecido paquidermo, observó que éste llevaba grandes brazaletes de oro en las patas, y en el cuello, orejas y trompa varios adornos del mismo metal. Fijándose aún más, adquirió la certeza de que aquel animal era Titán, el elefante que les sirvió para fugarse del País de los Antropófagos. El pobre animal, sin duda no había podido sufrir la dureza del cautiverio lejos de sus amigos, y se había escapado también, perdiéndose en aquellos bosques.

Pirulete entonces comenzó a llamarle a grandes gritos :

—¡ Oee!... ¡ Titán!... ¡ Aquí Titaaaaán!...

El animal, tan pronto como oyó su nombre, se detuvo en su obra destructora. En seguida, abandonando la palmera que tan fieramente sacudía, se dirigió al

baobab donde Pirulete se había refugiado y venteó con su trompa el aire, lanzando con ella agudos sonidos, con los que parecía querer demostrar su contento.

Pirulete volvió a llamar al ferroz paquidermo, que le contestó nuevamente; y así, una y otra vez y por minutos, el terrible Titán, capaz de destruirlo todo, se fué tornando dulce y cariñoso, como era para Chimbo, Mary y Pirulete, en sus tiempos de cautividad.

Viéndole en tal disposición Pirulete, que se hallaba dispuesto a salvar a sus compañeros, descendió del árbol, y, acercándose a Titán, comenzó a acariciarle dulcemente, prodigándole sus frases más tiernas, y el gigante de la selva, correspondiendo a las caricias de su antiguo amo y dominado por la voluntad de un chiquillo valeroso e inteligente, lo cogió con su trompa, colocándole suavemente sobre sus lomos.

La dulzura había vencido a la violencia, la inteligencia a la fuerza bruta: el coloso de los cuadrúpedos se había convertido en un juguete del intrépido muchacho.

Y Pirulete, montado en su elefante, penetró triunfante en la aldea salvaje, seguido de todos los cazadores y en medio de vivas estentóreos.

*
* *

Unos días después, estaban ultimados todos los preparativos para la guerra. Ya estaban listos los elefantes, con sus grandes castillos de madera llenos de expertos y bravos tiradores, un ejército de más de tres mil hombres perfectamente equipados de lanzas, hachas, mazas, y arcos y flechas se hallaba dispuesto a



Boliche, ataviado de este modo, parecía una enorme tortuga... (Pág. 51.)

gondol
el estado

avanzar tan pronto recibieran órdenes del gran Barabí. Y era de ver, en aquellos terribles momentos, al pobre Boliche convertido en general por obra y gracia de las circunstancias y armado de todas armas.

Boliche, que en un principio se había negado a ir a la guerra, tuvo que acceder por último y seguir la suerte de sus compañeros. Mas, decidido a salvar la pelleja a toda costa, tomó tantas precauciones, se cubrió de tal manera de corazas y escudos, que apenas si podía mover las piernas y los brazos. Llevaba el medroso cocinero un enorme casco de madera que protegía su cabeza y resguardaba su cuerpo entre dos enormes conchas de tortuga que al efecto había hecho preparar por sus guerreros. Con el brazo izquierdo sostenía un largo escudo de piel de búfalo y con la derecha su rifle, para el que llevaba abundantes municiones.

El buen Boliche, ataviado de este modo, parecía una enorme tortuga caminando en sus dos patas posteriores.

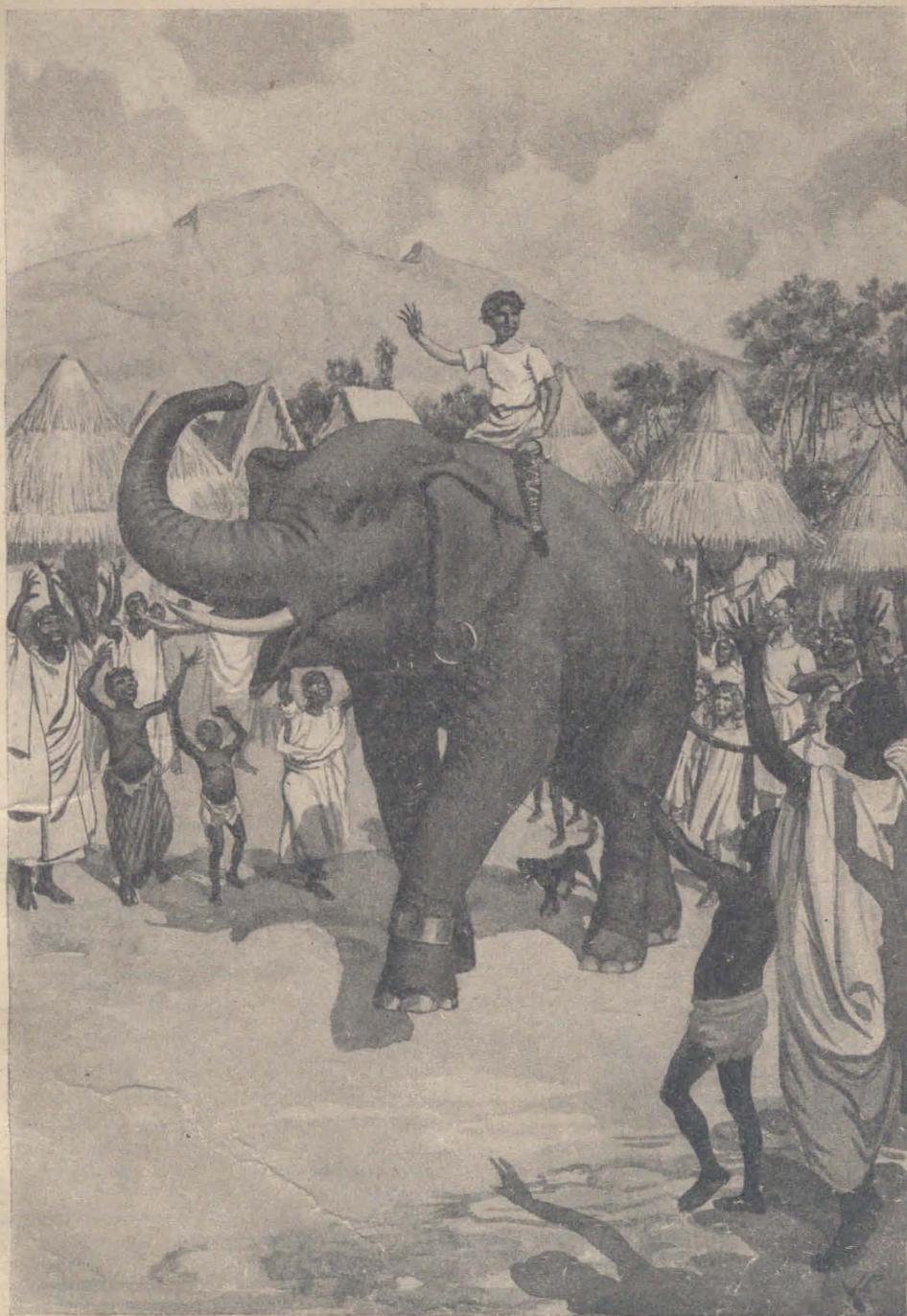
Llegó la hora de dar la batalla a los makalolos. El plan de batalla estaba hábilmente combinado y se llevó a efecto con gran acierto. Pirulete era un Napoleón en miniatura.

Primeramente avanzaron hasta unos quinientos hombres disfrazados con pieles de búfalo, de

tigre, de león, de leopardo y de otros animales feroces de la selva, y cayeron por sorpresa sobre sus enemigos. Inmediatamente después seguía el grueso del ejército dividido en tres alas: una, la de la izquierda, al mando del príncipe Barabí; la segunda, la del centro, bajo la dirección de Pirulete y el doctor, y la tercera, a las órdenes de Boliche. Además, por las aguas del Zambeze avanzó una poderosa escuadrilla formada por más de cien piraguas.

Todo ocurrió cómo lo había previsto Pirulete, que no ignoraba que vale más maña que fuerza. Los makalolos, sorprendidos por la original y espantable vanguardia de los cocorocos, creyendo que se les venían encima todas las fieras de aquellos bosques, flaquearon un instante, luego trataron de rehacerse, pero en aquel momento las nutridas descargas de la fusilería de Barabí sembraron el desorden en sus filas. Por último, cuando haciendo un esfuerzo supremo, intentaron contraatacar, aparecieron en el campo de batalla veinte elefantes amaestrados, y a este quiero, a este no quiero, hicieron tan gran destrozo entre los makalolos, que éstos abandonaron el campo en precipitada fuga, dejando numerosos prisioneros.

El elefante Titán, dirigido por Pirulete, fué la nota más brillan-



Y Pirulete montado en su elefante penetró triunfante en la aldea salvaje, seguido de todos los cazadores. (Pág. 53.)

te de la batalla. De un solo trompazo dejó al rey de los makalolos convertido en un acordeón, y en menos de cinco minutos deshizo dos compañías del adversario.

La guerra estaba ganada.

—¡Victoria! ¡Victoria!—gritaron todos los guerreros del príncipe Barabí—. ¡No más tributos!...

Desde aquel día, los feroces makalolos, en lugar de regalarse con las sabrosas magras de los cocorocos, se contentarían con unas modestas alubias estofadas o unas humildes espinacas a la vinagreta. El régimen vegetariano había sido impuesto al enemigo por los bravos generales extranjeros. Aquella fecha fué señalada con letras de oro en los fastos del pueblo cocoroco, y el gran Barabí ordenó que Pirulete, Perejil y Boliche fueran nombrados, el primero, príncipe del Cocodrilo Azul; el segundo, conde del Elefante Blanco; y el tercero, marqués del Búfalo Rojo.

Durante un mes, el principado del gran Barabí ardió en fiestas. Hubo innumerables banquetes en honor de los caudillos, y creo inútil decir que el insigne Boliche, el héroe a la fuerza, comió de una manera tan desaforada, que estuvo a punto de morir de un reventón.

XI

Después de muchas dudas y titubeos entre Pirulete, Mary y el doctor, lograron convencer a Boliche que era preciso salir de aquel destierro. Hicieron grandes preparativos. El elefante Titán fué magníficamente enjaezado para el viaje. Colocaron en sus lomos una fuerte plataforma hecha con cañas de bambú y en ella una tienda de campaña donde guarecerse durante la noche y librarse de los rayos del sol cuando llegaran al desierto. El terrible Titán, tan dulce y buen amigo de nuestros héroes, les conduciría al través de los bosques y del desierto y los defendería con su trompa y sus colmillos de los ataques de las fieras. Además, aquel poderoso paquidermo llevaba sobre sí cuanto les era necesario para el viaje: grandes odres con agua, abundantes provisiones, cecina de búfalo, manteca de búfala, frutas secas, pescados salados y otras varias cosas más. También llevaron a la tienda gran cantidad de municiones que les entregó para sus rifles el misionero. Este bendijo la expedición cuando se puso en camino, mientras todo el pueblo cocoroco aclamaba a los viajeros, y los más arriesgados de la tribu, con el gran Barabí a la cabeza, los compa-

ñaron hasta aquella región de la selva donde, según las leyendas del país, se aparecían los espíritus malignos.

Al fin, nuestros amigos, después de haber frotado sus narices, uno por uno, con todos los salvajes que les acompañaban, testimonio de aprecio y tierna despedida entre los cocorocos, pudieron encontrarse solos.

Desde su tienda, Pirulete, el doctor, Boliche, Chimbo y Mary contemplaban el soberbio paisaje de la selva. Penetrando en su interior, presentaba el aspecto de un templo colosal, cuyas columnas eran los troncos de los árboles, que sostenían una fresca bóveda de verdura llena de flores, por donde apenas penetraban los rayos solares. A los pies de los árboles crecían plantas espinosas; lianas interminables trepaban de rama en rama, formando un toldo espesísimo que hacía más impenetrable, más intensa la obscuridad de aquellas avenidas; helechos gigantes cubrían el suelo, empapado de humedad, y una fauna extraña e inquietante rodeaba a los exploradores.

Cerca de quince días tardaron en dar vista al mar, tiempo durante el cual sufrieron toda clase de privaciones y calamidades. Hambre, sed, calores sofocantes, ataques de las fieras y de los mosquitos, pulgas y hormigas africanas, no menos terribles

que las propias fieras, y que se cebaban en los débiles cuerpos de los fugitivos. Boliche, sobre todo, se había convertido en una fonda ambulante de toda clase de insectos de la selva. Las hormigas eran en mayor grado que los demás insectos de aquellos bosques misteriosos los peores enemigos de nuestros héroes.

Aunque pequeñas, venían en enjambres de millones, y era tal su furia destructora, que asolaban cuanto encontraban a su paso. Su tamaño, veinte veces el de sus congéneres de otras clases, sus fuertes mandíbulas, y una ligera babilla algo venenosa que dejaban al morder, las hacía aún más temibles. Sus picaduras producían una fuerte excitación nerviosa, levantaban enormes ronchas y, siendo en gran número, como ocurría a Pirulete y demás compañeros mártires, hubieran podido ocasionar hasta su muerte.

Cuando, terminada la selva, comenzaron a cruzar los terrenos áridos y abrasadores del pequeño desierto, pasaron momentos angustiosos en la jornada imposibles de olvidar.

Llevaban ya dos días sin comer más que raíces, porque sus provisiones se habían agotado, y al tercero, hasta las raíces les faltaron. Arreglar la comida era para ellos más difícil que un problema de trigonometría. Desfallecidos, hambrientos, los cinco



Boliche, atacado por un centenar de cangrejos gigantes, hacía esfuerzos inútiles por librarse de sus tenazas. (Pág. 59.)

amigos, Pirulete, Mary, Chimbo, Boliche y el doctor, coincidían en una idea que no se atrevían a comunicarse. Sin embargo, sus ojos, fijos en el perro *Kis*, denunciaban bien a las claras que se lo hubieran comido, con gran dolor de su corazón pero con entera satisfacción de su estómago. Sin duda alguna, el corazón y el estómago son enemigos irreconciliables.

Kis, barruntando los crueles pensamientos de sus amos, se dijo para sí: «¡qué amigos tienes, Benito!», pero cuando su escama llegó al grado superlativo,

fué cuando notó que unos y otros le tocaban cariñosamente y como diciendo: «¡qué buenas tajadas debe tener este animalito!». Entonces *Kis*, que era un gran talento perruno, no dudó un momento de las intenciones criminales de sus amos y tomó las de Villadiego, es decir, se escabulló, huyendo de la quema y no volvió a presentarse ante su ama hasta que vió el horizonte más despejado y la pitanza más abundante.

Por fin, los cinco camaradas llegaron a la costa, y al verse en la playa, después de comer algu-

nas frutas que encontraron y de beber en un manantial que brotaba de unas rocas, cayeron rendidos sobre la blanda arena y se durmieron a la caricia del sol.

No tardaron mucho en despertarse a los espantosos gritos que lanzaba el desgraciado Boliche, que, atacado por un centenar de cangrejos gigantes, hacía esfuerzos inútiles por librarse de sus tenazas. Con la ayuda de sus compañeros, pudo lograr su objeto, no sin que antes uno de los voraces animales se le llevara un buen trozo de nariz, dejándole completamente chato y más feo que Picio. Después, los cuatro compañeros se entregaron a una terrible matanza de cangrejos que, después de asados, les sirvieron de excelente comida. Boliche, sobre todo, engulló con verdadero deleite la carne de sus feroces enemigos, diciendo a cada paso: «¡ la venganza es el placer de los dioses! ¡ Ellos me han comido a mí la nariz y ahora me los como yo a ellos en compensación! ¡ Y qué ricos están! ».

Después de la comida, comenzaron a recorrer los alrededores, y no muy lejos de la costa encontraron un fuerte semiderruido y en cuya torre ondeaba la bandera portuguesa. Sin duda, la tribu de los Bilolos, que habitaba en aquellos parajes, había atacado a la guarnición, exterminándola,

o bien ésta, al verse perseguida, ganó la playa y huyó en sus botes, abandonando el fuerte.

Chimbo, seguido de sus compañeros, penetró en el edificio, reconociéndolo detenidamente. Chimbo vió en el suelo una anilla de hierro y tiró de ella. En seguida se levantó una trampa que comunicaba con una profunda cueva. En ésta encontraron nuestros héroes abundantes vituallas, tales como carne salada, frutas secas y varios barriles de galleta, una buena cantidad de aguardiente, varios rifles y cien cajas de cápsulas.

Pirulete y sus amigos, pensando que aquellas provisiones habían sido abandonadas, cayeron de hinojos dando gracias a Dios omnipotente. En aquel momento apareció *Kis*, que ya estaba en los huesos, y se repuso de sus pasadas hambres comiéndose más de dos kilos de galletas saladas. Poco faltó para que reventara.

Todos comieron de un modo exagerado; y después de la requisa, cuando se disponían a sacar las provisiones del fuerte, un hombre terrible apareció en el umbral de la puerta y les gritó con voz tonante:

—¡ Eh, bellacos! ¡ Por qué saqueais así mi hacienda y habéis entrado en mi casa sin mi venia? »

El hombre que así les hablaba era un gigante de largas y en-

crespadas barbas y mirada feroz : con la diestra sostenía un enorme sable capaz para matar un toro y con la siniestra arrasaba un búfalo pequeño ya muerto y al que, sin duda, iba a descuartizar para comérselo.

Pirulete se quedó mirándole de hito en hito, mientras preparaba su carabina ; Mary, Chimbo y el doctor comenzaron a temblar como las hojas en el árbol, y en cuanto a Boliche fué tal la impresión que le causó aquella formidable figura, que rodó por las escaleras de la cueva, cayendo en ella con la cabeza metida en una orza de manteca que llevaba en aquel momento.

—¡ Perdón ! ¡ Perdón !—gritaron Mary, Chimbo y el doctor.

—Perdón no—dijo Pirulete—, puesto que nada malo hemos hecho a sabiendas. ¡ Veamos primero quién es este caballere!

Todos quedaron suspensos de los labios del niño.

¿ Quién sería aquel terrible gigante?... ¿ Sería acaso un monstruo devorador de hombres, y, en ese caso, terminarían allí sus aventuras, si Dios no lo remediaría ? ¿ Sería un terrible pirata que los tendría sumidos en larga cautividad?... ¿ No podría ser también una excelente persona, uno de esos buenos portugueses cazadores de elefantes que salvan en muchas ocasiones a los aventureros perdidos en las selvas africanas?...

¿ Habrían encontrado su felicidad o su desgracia ?

Por hoy hemos dicho bastante. En el próximo volumen, titulado EL PAÍS DEL SUEÑO Y DE LA HOLGANZA, sabremos las extraordinarias aventuras que ocurrieron con el gigante a Pirulete y sus camaradas.

FIN DEL TERCER VOLUMEN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Culliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | | |
|-----------------------------------|---|---|
| 1. El molino de los pájaros. | 26. Rosina. | 53. El nido del pájaro. |
| 2. Corazones dormidos. | 27. Paquito el explorador. | 54. La cruz de madera. |
| 3. Flores de juventud. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. | 55. El Condesito. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 29. El Angel. | 56. La condesa Ida. |
| 5. El espadachín. | 30. Ib y Cristina. | 57. Héctor Servadae (1.º) |
| 6. El heredero. | 31. El último sueño del roble. | 58. Id. id. (2.º) |
| 7. La fuerza del bien. | 32. El cofre volador. | 59. El maestro Zacarías. |
| 8. El sueño de Pepito. | 33. El tío «Cierra el ojo». | 60. Martín Paz. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 34. La virtud del borrico. | 61. Cinco semanas en globo. |
| 10. Cuentos de Andersen. (1.º) | 35. Fábulas de Iriarte. | 62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º) |
| 11. Cuentos de Andersen. (2.º) | 36. En otros tiempos. | 63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º) |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 37. La campana. | 64. Los Quinientos millones de la Begún. |
| 13. Robinson. | 38. Los foradores del bloqueo. | 65. De la tierra a la luna. |
| 14. El teatro de los animales. | 39. Una ciudad flotante. (1.ª) | 66. Alrededor de la luna. |
| 15. Verdades y fantasías. | 40. Una ciudad flotante. (2.ª) | 67. El «Chancellor». |
| 16. Mimos de niño. | 41. Miguel Strogoff. (1.ª p.) | 68. Las tribulaciones de un chino en China. |
| 17. El instinto de los animales. | 42. Miguel Strogoff. (2.ª p.) | 69. Una invernada entre los hielos. |
| 18. El amor y la guerra. | 43. Las Indias negras. (1.ª p.) | 70. Veinte mil leguas de viaje submarino. |
| 19. El premio gordo. | 44. Las Indias negras. (2.ª p.) | 71. La vuelta al mundo en ochenta días. |
| 20. Un ministerio de animales. | 45. El rigor de las desdichas. | 72. Viaje al centro de la tierra. |
| 21. La pícaro vanidad. | 46. Los huevos de Pascua. | |
| 22. Un charlot del mundo animal. | 47. La guirnalda de flores. | |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 48. La Paloma.—El Canario. | |
| 24. Un avión en los aires. | 49. El carastillo de flores. | |
| 25. Por dentro. | 50. El nonnaco Fridolin. | |
| | 51. La «Granja de los Niños». | |
| | 52. Rosa de Tanemburgo. | |